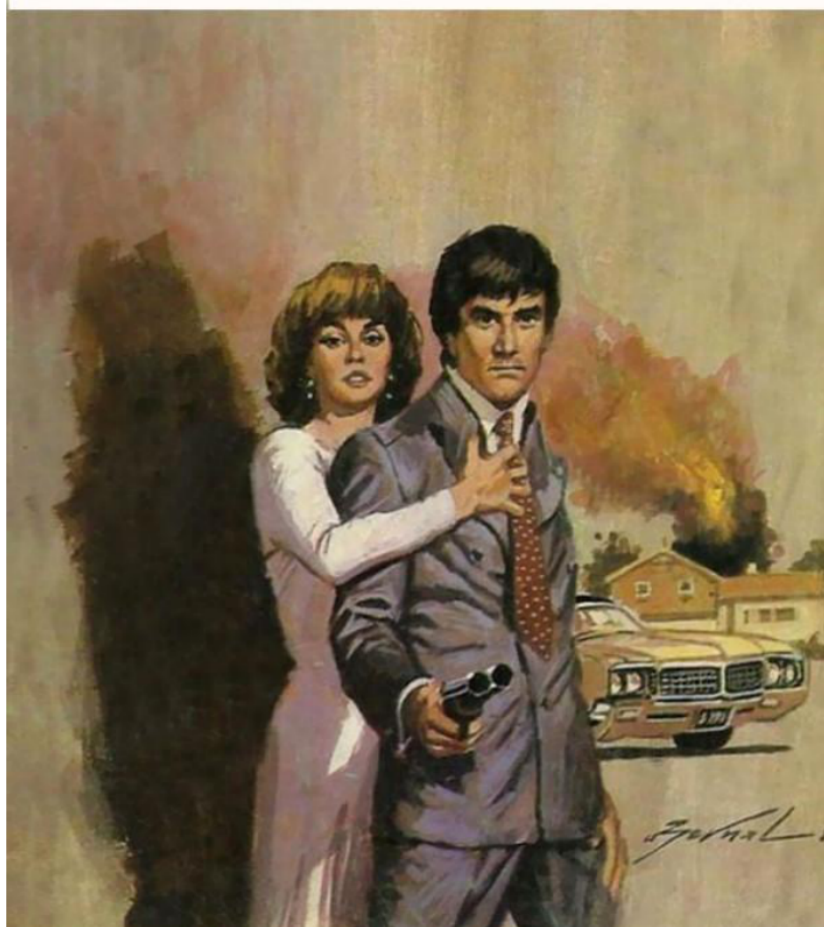


BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

EL SABOR DE LA VIOLENCIA

Curtis Garland





PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

EL SABOR DE LA VIOLENCIA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.042
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 5.747 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1982

1ª edición en América: octubre, 1982

© Curtis Garland - 1982

texto

© Bernal - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

La mujer de los cabellos rojos supo que iba a morir.

Era demasiado tarde, sin embargo, para volverse atrás. Había llegado hasta allí con la idea de poner en claro, de una vez por todas, algo que la torturaba desde hacía tiempo. Su idea había sido sólo ésa: desenmascarar a alguien y terminar con un estado de cosas intolerable. Nunca pensó que tal empeño pudiera conducir a la muerte.

Y ahora que lo sabía, también acababa de descubrir, con horror, que no había escapatoria posible. Que su vida estaba en manos precisamente de la persona a quien había pretendido desenmascarar.

—Lo siento —había dicho suave, fríamente, la voz de esa persona—. Te habrás dado cuenta de que sólo puedo hacer una cosa, dada la situación a que hemos llegado...

—¿Qué cosa? —había preguntado ella, un poco ingenuamente.

Su interlocutor le había mirado con fijeza, para decir luego con una sencillez escalofriante.

—Matarte.

La idea le había parecido grotesca, descabellada. Incluso se atrevió a replicar, con cierto sarcasmo:

—¿Bromeas?

La respuesta había sido calmosa, apacible, de lo más natural:

—Yo nunca bromeo con cosas tan serias. La muerte no es cosa de broma. No me gustará hacerlo, la verdad. Pero no me dejas otra salida. Si se supiera cuanto tú sabes...

Y de repente, el horror la había invadido como una oleada glacial. Un frío súbito había formado una garra que apretaba y acongojaba su corazón. Había empezado a comprender, con tremenda lucidez, que aquella persona hablaba en serio. Completamente en serio.

—Dios mío, no —había murmurado ella, dando un paso atrás instintivamente—. No es posible...

—Lo lamento, ya te lo dije —habló con calma su interlocutor—. Pero ¿qué otra cosa podría hacer?

—Matarme... ¡Cometer un crimen! No puedes hablar en serio...

—Claro que hablo en serio. El crimen es el único camino que me queda.

—Yo..., yo olvidaré cuánto sé. No diré nada a nadie. Pensé..., pensé que debía poner las cosas en claro, pero dada la situación, tal vez es mejor para todos que esto se silencie, que nunca llegue a saberse que tú...

—Mientes, y lo sabes. No podrías guardarte ese secreto eternamente. Ni lo pretenderías tampoco. En cuanto estuvieras lejos de mi alcance, totalmente a salvo, te faltaría tiempo para tomar un teléfono y llamar a la policía, informándole de todo.

—No, juro que no. Escucha, podemos llegar a un arreglo y...

—Hay un arreglo, querida: uno solo. No puedo hacer otra cosa.

—¡Nooo, Dios, no! —se había revelado ella, palideciendo intensamente—. ¡No quiero morir!

—Debiste pensarlo antes de venir, antes de ir demasiado lejos en tus averiguaciones sobre mí, créeme —dijo penosamente el otro—. No soy de las personas a quienes guste verse acorralada. No lo soporto. Ya sospechaba que andabas muy cerca de la verdad, de saber acerca de mí el secreto que más celosamente he guardado todo este tiempo. Es un secreto que te cuesta caro descubrir. Porque no podrás revelárselo a nadie, ¿comprendes? Va a morir contigo. No hay otra salida.

Ella había seguido retrocediendo. Pero demasiado tarde, comprendió que no había escapatoria posible. La puerta a sus espaldas estaba cerrada. Cerrada con llave. No existía salida de aquel recinto. Y delante de ella, una mano firme, segura, enguantada, estaba extrayendo algo de un bolsillo.

Una navaja automática. Emitió un frío, seco chasquido, y una rígida lengua de acero punzante, de más de ocho pulgadas de longitud[1], brotó de la empuñadura tras ser presionado el resorte con dedo firme.

Lanzó un grito ronco. Se volvió exasperada, golpeó con rabia la puerta, tras intentar en vano abrirla, en un desesperado forcejeo con

el pomo. Luego, giró la cabeza, con un revoloteo de sus rojos cabellos, mirando aterrada el gesto frío e implacable de su verdugo, cuando se situó a su espalda y, de un soto golpe, brutal y decidido, sepultó las ocho pulgadas de acero en su espalda, a la altura del corazón.

Sintió el frío glacial de aquella hoja, penetrando en su ser, desgarrando sus tejidos con un chirrido agrio escalofriante. Luego, el arma salió de su profunda herida, goteando sangre, y se alzó, pegándole otra puñalada en la garganta, sobre la carótida.

Un raudal de espeso liquido rojo escapó de la nueva herida, mientras su grito de angustia repetido se convertía ya en un ronco estertor, y la boca se le llenaba de sangre copiosamente, rebosando sus bien dibujados labios.

Cayó de rodillas a pies de su asesino, que la miraba indiferente mientras seguía asestando puñalada tras puñalada al cuerpo del joven, hermoso y seductor de su víctima. La dama del cabello rojo vomitó varias veces en profunda hemorragia, mientras su cuello y espalda también chorreaban sangre, antes de caer de bruces al pavimento. Allí, sobre un amplio charco escarlata, sus piernas se agitaron en espasmos violentos que marcaban el final de una vida llena de vigor y de fortaleza, de juventud y de energía.

Lenta, muy lentamente, el asesino se apartó, todavía esgrimiendo con su mano enrojecida sobre el guante, la navaja que goteaba sangre, Como hipnotizados, los ojos se fijaban en su víctima, ya agonizante a sus pies. Movi6 la cabeza con desaliento.

—No debiste llegar tan lejos, querida —susurró—. No debiste hacerlo...

Luego dejó caer el arma junto al cadáver que ya era aquella mujer joven y bella, de rojos cabellos. Fue hacia la puerta, evitando pisar la sangre y desprendiéndose del guante enrojecido, que guardó entre unas hojas de periódico, llevándose el envoltorio consigo cuando abrió con llave la puerta y abandonó la estancia.

Allí, a la luz de una macilenta bombilla amarillenta, quedó el cuerpo sin vida de la muchacha que había ido demasiado lejos. Cualquiera de las puñaladas recibidas hubiera bastado para terminar con su vida. Pero su asesino quiso estar seguro de que no había la menor posibilidad de supervivencia para ella. Hasta cinco cuchilladas atroces desgarraban sus entrañas y su garganta,

convirtiendo el lugar en un auténtico matadero.

Fuera, la noche de la ciudad, salpicada de luces y de pulso vital, engulló prestamente la figura cautelosa y rápida del asesino.

No lejos de allí, un remolcador hizo sonar su sirena en la húmeda niebla nocturna.

—Ha sido horrible —dijo el teniente Pearson, de Homicidios, contemplando sombrío la escena—. El agresor, evidentemente, se ensañó en su tarea. O bien quiso estar completamente seguro de que su víctima no iba a sobrevivir a la agresión.

Asintió el forense mientras terminaba el examen rutinario de la víctima, y los expertos de la policía tomaban fotografías, huellas y todo eso que constituía parte de su propia rutina pericial.

—Debió ocurrir entre las nueve y las once de la noche, calculo yo —dijo el médico, al incorporarse, con un suspiro, y tapar de nuevo con la sábana el cuerpo bañado en sangre—. Una carnicería innecesaria. Cualquiera de esas heridas hubiera bastado por sí sola, teniente.

—Sí, ya me di cuenta —dirigió una ojeada a la navaja automática que aparecía sobre una mesa, envuelta en plástico y herméticamente cerrada—. El que manejó esa arma sabía muy bien lo que se hacía.

—Evidentemente —asintió el forense—. Esas armas deberían controlarse mejor.

Cualquiera puede comprarlas en las tiendas por unos pocos dólares.

—Lo mismo ocurre con las armas de fuego, doctor —se quejó con amargura el oficial de policía—. Vivimos en una sociedad violenta, que disfruta adquiriendo armas, unos para atacar y otros para defenderse.

—¿Tienen todos los datos de la mujer? —preguntó el médico, por simple curiosidad, iniciando ya su marcha del lóbrego escenario del crimen.

—Casi todos los que pueden obtenerse en estos casos —asintió el teniente pensativo—. Llevaba su licencia de conducir y su tarjeta de la Seguridad Social. Se llamaba Gale McNormand, era soltera y tenía veintisiete años. Su residencia es en la mejor zona de esta ciudad, por tanto tenía que ser mujer de excelente posición social. Averiguaremos eso ahora con más detalle.

—¿Y qué podía hacer ella en un lugar como éste? —se extrañó el forense.

—Sé tanto como usted de esto —confesó el policía, encogiéndose de hombros—. Es posible que confiara demasiado en alguien que no merecía, ya sabe. Uno de esos hombres capaces de engatusar a una chica y luego pretender de ella algo deshonesto. O quizá un psicópata, incluso. Fuese como fuese, eligió bien el escenario de su fechoría. En esta zona del río, rodeado de tinglados y almacenes, esta casucha utilizada para los servicios de obras de los muelles es un refugio adonde muy poca gente acude en plena noche. Estoy convencido de que no tendremos testigo alguno que nos ayude a aclarar son quién se reunió aquí esa infortunada mujer.

—Bueno, lo dejo con sus problemas, teniente —suspiró el médico—. Cuando me envíen el cuerpo para la autopsia, le informaré más ampliamente de todo, si bien no parece haber dudas en cuanto a las causas de la muerte.

—Cierto, doctor, no creo que las haya. Gracias, y buenos días.

El forense se alejó, dejando al oficial de Homicidios absorto en su compleja tarea de analizar las circunstancias de aquella violenta muerte, una de tantas como tenía que investigar su Departamento día tras día.

—Eso parece ir de maravilla, sargento. En pocos días más, podrá reintegrarse a su vida normal.

La enfermera sonrió alentadora al informar de ese modo al teniente. Éste se limitó a mover la cabeza, dejando de hojear el magazine ilustrado deportivo, para dirigir una ojeada a su atractiva acompañante de estos momentos.

—Usted siempre trae noticias buenas, enfermera Newman —contestó con buen humor—. No es como la bruja de la enfermera Danvers, que siempre llega con regañinas y reproches.

—¡Cielos, si la señora Danvers supiera que la llama bruja! —rió ella jovialmente, moviendo la cabeza rubia con énfasis—. Creo que nadie la habrá dicho nada peor desde que se marchó de este hospital el doctor Shelley, hartado de soportarla, según sus propias palabras. Y no obstante, mi compañera, la enfermera Danvers, es una excelente profesional, competente y muy fiel cumplidora de sus obligaciones.

—Demasiado, diría yo —se quejó el paciente, con un suspiro—.

Ayer me echó una buena bronca por no tomarme el puré. Siempre he detestado el puré. Se lo dije, pero como si nada. Toda mi curación parecía depender de ese dichoso puré.

—Muy propio de la señorita Danvers —sonrió la joven—. Le gusta velar por el fiel cumplimiento de todas las órdenes médicas, en bien de los pacientes. No debe sentirse demasiado enfadado con ella.

—Usted me ha hecho perder el mal humor. ¿De veras podré salir pronto de aquí?

—Esta misma semana, estoy segura. ¿Tanto lo desea, sargento?

—No sabe cómo. No se ofenda, por usted me quedaría hasta el año próximo aquí. Pero estoy ansiando sentirme como un ser normal nuevamente. Lejos de Vietnam, sí, pero lejos también de hospitales, soldados heridos y todo eso.

—Esta herida significa para usted la desmovilización definitiva, sargento —le recordó ella—. Además, parece ser que lo de Vietnam toca ya a su fin...

—Gracias a Dios —murmuró él, entornando los ojos—. He leído los periódicos y parece que, efectivamente, Nixon va a terminar con ello de una vez por todas. Pero eso no cambiará nunca lo que yo he visto en aquel infierno de mosquitos, fango, lluvias, sangre y muerte.

—Por favor, no recuerde eso, sargento —le rogó ella, estremeciéndose.

—Todo me lo hace recordar a cada momento. Ustedes mismas, llamándome sargento a cada paso, sin utilizar mi nombre.

—Es lo habitual, sargento. Este pabellón del hospital está enteramente destinado a pacientes militares, usted lo sabe...

—Oh, sí, sí. Pero preferiría que me llamase solamente Kelly. O por mi nombre, simplemente. Me llamo Damon y me gusta.

—Señor Kelly, le llamaré así si le gusta —sonrió ella, inclinándose hacia él con un dedo graciosamente puesto sobre los labios—. Pero solamente cuando no estén los doctores delante. Va contra el reglamento. Mientras permanezca entre estas paredes, usted es para todos nosotros el sargento Kelly, de Infantería de Marina, acuérdelo. Sólo cuando deje el hospital volverá a ser quien fue antes, en su vida civil.

—Damon Kelly, ciudadano americano, nacido en Nueva York —

suspiró cansadamente el paciente, tirando a un lado su revista deportiva—. Me parecerá mentira ser solamente eso y ver mi alrededor rascacielos, tráfico y escaparates, en vez de jungla, caras amarillas y cuerpos ensangrentados por las balas o la metralla, o quemados por el maldito *napalm*...

—No espere demasiado de la ciudad —le advirtió la enfermera, encaminándose a la puerta de la estancia—. Esto también es, en cierto modo, una peligrosa jungla llena de violencia. No tiene más que echar una ojeada a los diarios de cada día, o escuchar el boletín informativo de la radio y la televisión.

—La violencia existe en todas partes —admitió Kelly amargamente—. Vivimos en un mundo, en una época que está llena de ella. Pero nada puede ser como aquello, estoy seguro, enfermera Newman.

Ella se encogió de hombros, dubitativa. Antes de abandonar la habitación del paciente, se detuvo, sorprendida, al ver aparecer, con un hombre de bata blanca, a dos hombres de paisano, de andares toscos y aire ceñudo.

—Enfermera Newman, estos caballeros desean ver urgentemente al sargento Kelly —informó el médico.

—Sí, doctor Miller —asintió la joven enfermera—. Tiene visita, sargento.

—¿Visitas? —Frunció el ceño Kelly—. No esperaba a nadie. Nadie sabe que estoy aquí, convaleciente...

—Parece que no es así, sargento Kelly —rechazó el hombre más fornido y resuelto de los dos que llegaban, despojándose de su sombrero al entrar en la habitación. Mostró algo en la mano, con rapidez mecánica—. Teniente Pearson, División de Homicidios de la Policía Metropolitana de Nueva York.

—¿Teniente de Homicidios? —repitió Kelly con perplejidad—. Temo no entender a qué viene esto...

—Lo sabrá muy pronto, sargento —declaró con tono áspero el policía, acercándose al lecho—. Usted lleva aquí internado tres semanas, con una herida de guerra recibida en Vietnam...

—Sí —parpadeó Damon Kelly—. ¿Qué tiene eso que ver con usted, teniente?

—Su nombre es Damon Kelly. Y según creo, tenía el propósito de casarse esta primavera con su prometida, aquí en Nueva York.

—Así es. Y sigo teniéndolo —aceptó el herido con desconcierto evidente—. Continúo sin entender...

—Por lo que sé, usted no ha informado a su prometida en ningún momento de su estancia en el hospital. Ni a ningún amigo o conocido suyo.

—Cierto —hubo un rictus de cierta amargura en el rostro de Kelly—. Vea por qué, teniente...

Alzó el embozo, mostrando su brazo derecho. Con la mano izquierda, lo movió dificultosa, pesadamente. El policía asintió, arrugando el ceño.

—Lo siento —murmuró—. ¿Inválido?

—Virtualmente, sí. Una bala dañó los tendones. Mi brazo derecho no sirve de gran cosa ahora, si bien no necesitaron amputármelo. Menos mal que siempre fui ambidextro. Una rara facultad que siempre viene bien en estos casos, teniente —su rostro se ensombreció, y clavó los ojos en su interlocutor—. Pero acabemos de una vez. ¿A qué viene todo esto? —Bueno, lamento traerle tan mala noticia— carraspeó el policía.

—¿Malas noticias? —se alarmó Kelly.

—Así es. Supongo que su prometida se llamaba Gale McNormand y residía en Columbus, cruce con la Ciento seis.

—Sí —la alarma del paciente iba en aumento—. ¿Se... *llamaba*?

—No he cometido error en el tiempo del verbo, desgraciadamente, sargento Kelly —manifestó el oficial de Homicidios roncamente—. Su prometida ha sido asesinada anoche en un muelle de Brooklyn...

CAPÍTULO II

Echó el puñado de tierra tradicional al fondo de la fosa, sobre el féretro suntuoso que descendía al interior. El sol matinal, algo nuboso sobre el cementerio de Queens donde eran inhumados los restos de Gale McNormand, arrancó destellos fríos de las asas de acero cromado que bordeaban la costosa caja de caoba.

—Adiós, Gale —susurró Kelly, retirándose del borde de la tumba con expresión sombría, un paño húmedo velando sus ojos grises y levemente enrojecidos—. Adiós para siempre, querida... Ni siquiera llegaste a saber que estaba en ese maldito hospital, con mi brazo inútil para siempre, amargado y asqueado por tantas cosas, esperando solo el momento de salir de allí e ir a verte en persona, darte la sorpresa agradable de mi presencia en el país, y la desagradable de mi invalidez parcial... Y ahora estás ahí, sin vida, haciendo tu último viaje, ése del que nunca se regresa...

Suspiró, mirando en derredor. Sus ojos se encontraron con los rostros demacrados del padre de Gale, de su madrastra, Yvonne. De su hermano Clint, de su prima Helen y de su mejor amiga, Claire. También identificó entre el cortejo fúnebre a Morgan Wayne, un condiscípulo de la universidad, amigo de la infancia de Gale, y a Howard York, su socio en un reciente negocio montado personalmente por ella en el centro de Manhattan, dedicado a la compra venta de obras de arte, pintor y escultor él mismo, y director por ello de la galería de *merchante*.

A los demás no los identificó, pero supo que eran conocidos, clientes, artistas del Village, domésticos de la residencia de los McNormand y cosas así. No hizo mucho caso a todos ellos. Pero resultaba curioso comprobar la presencia de auténticos caballeros encopetados y distinguidos, junto a desaseados jóvenes de largas melenas, barbas crecidas, gastados *jeans* y collares de cuero, de abalorios, de metal o de vidrio, sobre los torsos semidesnudos.

Así había sido ella, pensó amargamente Kelly. Extraña y anárquica, ambigua y tolerante. Lo mismo daba su amistad a un aristócrata europeo que a un *hippy* drogadicto.

Y ahora estaba muerta...

Apretó los labios. Echó a andar sin cruzar palabra con nadie, Su brazo derecho colgaba rígido a lo largo de su cuerpo. Pero nadie hubiera dicho, viéndole así, que había perdido toda posibilidad de movimiento en él. No obstante, cuando echó el puñado de tierra con su mano zurda sobre el féretro de Gale, había notado la mirada de Claire, la amiga de Gale, fija en él y, muy especialmente, en su brazo.

La comitiva fúnebre se dispersó, dirigiéndose a distintos automóviles negros, alineados en el sendero del camposanto, frente a las extensiones de verde césped salpicadas de tumbas. Vislumbró Kelly allá en la distancia, apoyado en la portezuela de un coche oficial, al teniente Pearson, de Homicidios. Parecía tan ajeno al funeral como un ave zancuda en una fiesta de gala benéfica, pero lo cierto es que estaba escudriñándoles atentamente a todos ellos.

David McNormand, el padre de Gale, se alejaba hacia un lujoso Mercedes apoyándose cansadamente en su segunda esposa, Yvonne McNormand, mucho más joven y entera que él en estos momentos Helen, Clint y Claire formaban un apretado grupo unido. Pero Claire, de súbito, se acercó a Damon cuando llegaban al sendero asfaltado.

—Hola, Damon —le saludó suavemente.

—Hola. —Kelly miró la rubia muchacha que fuera la mejor, quizá la única amiga digna de tal nombre, de su fallecida prometida.

—No sabíamos nadie que estabas aquí —dijo Claire.

—Quise ocultarlo por esto —señaló su brazo inmóvil—. Pensaba ir a ver a Gale cuando me dieran el alta en el hospital.

—Entiendo. —Claire se mordió el labio—. ¿Sigues allí?

—¿Hospitalizado? Sí. Esto es sólo un breve permiso para asistir al funeral. Regreso a mi cama. Todavía tienen que quitarme unos puntos de la última intervención. Confiaron en poder salvarme algunos tendones, pero no fue posible. Cosas de la guerra.

—Sí, Damon —el rostro de ella se nubló. Miró a la fosa donde los empleados del cementerio aplicaban ya la lápida de mármol—.

Pero no sólo se muere violentamente en Vietnam...

—Lo sé. He aprendido esa lección, Claire —respiró hondo Damon—. Es algo que no puedo entender...

—Nadie lo entiende. Gale era una excéntrica, todos lo sabemos. Pero jamás se hubiera citado con un desaprensivo en un sitio como aquél en que fue hallada sin vida...

—Tal vez la secuestraron previamente —apuntó Kelly, sin mucha convicción.

—Sí, tal vez —aceptó Claire, abstraída—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—No lo sé. De momento sólo puedo hacer una cosa: volver al hospital.

—Sí, claro. ¿Y después?

Damon se encogió de hombros por toda respuesta. Caminaron hasta cerca del coche que había alquilado para ir al funeral, un taxi de Manhattan. El conductor leía las páginas de tiras cómicas, apoyado en el volante.

Desde otro coche, Clint y Helen le hicieron un gesto con el brazo. Kelly les respondió ambiguamente al saludo. Claire enarcó las cejas y sonrió tristemente al joven excombatiente de Vietnam.

—No puede decirse que sean un dechado de cortesía contigo —comentó.

—Es normal. Ninguno de los dos me tragó nunca. Me calificaban de advenedizo, de un aprovechado que pretendía los millones de los McNormand.

—Pero ésa no era la idea de David ni de Yvonne. Ni tampoco la de Gale.

—Oh, claro que no. Yo no quería un solo centavo de los McNormand. No soy rico, pero tengo algún dinero y juventud suficiente para trabajar. Incluso sin mi brazo derecho puedo hacerlo y lo haré.

—Lo sé, Damon —ella apoyó suavemente una mano en el brazo inmovilizado—. Siempre lo supe. Y Gale también. Lo que piensen Clint y Helen importa poco. El es un egoísta y ella creo que te odia porque te fijaste en Gale y no en ella. Se cree irresistible.

Kelly no parecía escucharle ahora. Estaba abstraído, mientras abría con su mano zurda la portezuela del taxi. Ella le miró, pensativa.

—Piensas en lo sucedido, ¿verdad? —insinuó, tras una pausa.

—Sí —susurró Damon sombríamente—. ¿Cómo no pensar en ello? Si pudiera tener entre mis manos a ese canalla...

—Damon, es cosa de la policía. Ellos lo encontrarán.

—Quizá. ¿Sabes cuántos crímenes quedan impunes en esta ciudad al cabo de un año? Lo leí mientras venía hacia aquí, en una estadística. Más del setenta y cinco por ciento. Me pregunto si el asesinato de Gale no formará parte de ese porcentaje.

—Confiemos en que no. Ya nada puede devolverle a ella la vida, pero sería bueno que el criminal pagara por esa infamia. Me sentiría mejor. Y sin duda tú también. De todos modos, ni tú ni yo podemos hacer nada por conseguirlo.

—¿Tú crees? —dudó Damon, entornando duramente los ojos.

—Esto no es Vietnam, Damon —le recordó la joven—. Aquí no tienes un enemigo concreto delante, y un fusil para enfrentarte a él...

—Sí, lo sé. Pero no iría mal que fuese así. Aquello era un infierno. Pero uno podía luchar por defender su vida, por vengar la muerte de un amigo, vaciando el cargador de un fusil ametrallador sobre varios de aquellos guerrilleros emboscados en la espesura. No se devolvía la vida al camarada muerto, pero uno se sentía mejor, como tú dices.

—Sí, pero eso era allí, en Vietnam, no en Nueva York.

—El sitio no se diferencia demasiado, después de todo —murmuró roncamente Damon Kelly, entrando en el taxi—. Quién sabe si...

—Damon, me asustas... —dijo ella, abriendo mucho sus ojos, fijos en él.

—Olvidalo —sonrió Kelly, tendiendo su mano a la muchacha a través de la ventanilla—. Hasta otra vez. Te veré cuando me den el alta definitiva.

—Claro. Puedes encontrarme en la galería de arte de Gale y de York. Ah, y también en los sitios de costumbre, por supuesto...

El taxi arrancó. Damon siguió con la mirada, distraído, el alejamiento paulatino de la figura de Claire, erguida en medio del sendero del cementerio. Luego, de pasada, sus ojos descubrieron a una persona a quien antes no había visto en absoluto.

Se trataba de un hombre joven, fuerte y atlético, vestido

deportivamente con chaqueta de mezclilla, camisa granate y pañuelo al cuello de igual color. Estaba parado ante la tumba de Gale, rezando al parecer. Damon frunció el ceño. Luego, la arboleda le impidió seguir viendo al desconocido. Observó fugazmente que tenía una especie de mechón blanco aislado, sobre el occipital, un lunar de forma a alargada.

Los coches fúnebres desfilaron de regreso a Manhattan. En el cementerio se quedó el cuerpo de Gale para siempre. Como si nunca hubiera existido. Como siempre les ocurre a los muertos, pensó Kelly amargamente.

—Bien. Llegó el momento, sargen... digo, señor Kelly —rectificó con rapidez, sonriendo levemente, la enfermera Newman—. Ésta es su alta definitiva. Puede irse de este lugar que tanto aborrece.

—No, señorita Newman, ya no detesto nada de aquí —rechazó Kelly con tono amargo—. Me ha permitido reflexionar, serenarme, durante los cuatro días que aún he permanecido en el centro, después de lo ocurrido.

—Entiendo —el rostro de la joven se nubló—. No quería hablarle de ello...

—Es igual ya —sonrió él con tristeza—. Me he habituado a hacerme a esa idea. Ya no me hace tanto daño como al principio.

—La quería mucho, ¿verdad?

—Mucho —asintió él—. Era una chica maravillosa. Su peor defecto es que era demasiado rica. Pero no lo parecía. Le gustaba mezclarse con gente bohemia, con artistas estafalarios y todo eso. Pero nunca tuvo problemas con ellos. Por eso no entiendo quién pudo ser capaz de... de tal cosa.

—A veces es peligroso mezclarse con ciertas gentes —apuntó la enfermera.

—Es posible que tenga razón. Hay canallas en todos los estratos sociales, pero uno se imagina que son más fáciles de encontrar en los medios bohemios y poco formales. No obstante, sigo pensando que ninguno de sus amigos artistas sería capaz de atentar contra ella. Les protegía, vendía o exponía sus obras, comprendía sus problemas, les sacaba de apuros...

—Alguien pudo exigirle más que todo eso.

—En eso creo que acierta, señorita Newman —admitió Damon con cierta sorpresa, mirando a la enfermera—. Debería diplomarse

para detective privado.

—No lo crea —rió ella suavemente—. Lo que ocurre es que leo mucho a Conan Doyle y a Chandler, entre otros.

—Será eso —se encogió de hombros, caminando despacio hacia la salida—. Bien, señorita Newman. Gracias por todo. Han sido muy amables conmigo, soportando todas mis intemperancias y enfados. Creo que este brazo me ha vuelto un ser amargado.

—No piense eso. Ha sido uno de los mejores pacientes —incluso para la enfermera Danvers. Me lo dijo ella misma esta mañana.

—Cielos, eso suena a milagro —comentó Kelly, tendiendo su zurda a la joven, amistosamente—. Hasta nunca... espero.

—Eso nunca se sabe, señor Kelly —murmuró ella—. Ojalá sea así, pero recuerde que la jungla no se termina en Vietnam.

—¿Y a mí me lo dice? —musitó amargamente él, mirándola con elocuencia por encima del hombro, mientras caminaba pasillo adelante—. He aprendido esa lección a alto precio. Pero tengo la esperanza de que alguien más llegue a saberlo en su propia carne algún día.

—¿Qué quiere decir con eso? —se alarmó ella, al notar una nota ominosa, casi cruel, en la voz de su paciente.

—No, nada. Alguna vez lo sabrá, señorita Newman.

Era su primera llamada desde el exterior del hospital.

Reconoció al otro lado del hilo la voz de Howard York, pintor y escultor, socio y amigo de Gale, actualmente único encargado de la galería de arte de Manhattan que ella estableciera.

—¿Quién llama? —preguntó—. Aquí Galería de Arte Da Vinci.

—Soy yo, Damon Kelly.

—¡Damon! Oh, qué sorpresa saber de usted... Le vi en el funeral, pero no creí oportuno abordarle entonces. No era el mejor momento.

—No, no lo era.

—Claire me contó lo de su brazo y el hospital. De veras lo siento. ¿Cómo no informé de ello a la pobre Gale?

—Cosas mías. Quise darle una doble sorpresa. Pero como sabe, no llegué a tiempo.

—Dios mío, no me lo recuerde. ¿Quiere algo de mí, Damon? ¿En qué puedo serle útil?

—Aún no lo sé a ciencia cierta, York —confesó el exsargento—.

Vuelvo a la vida civil, dado definitivamente de baja en el Ejército por mi lesión. Me gustaría pasar por ahí y charlar un rato con usted.

—Claro, cuando quiera. Ahora tenemos una exposición de un artista nuevo, un descubrimiento personal de Gale... Muy original y con posibilidades, si no me equivoco.

¿Quiere pasar por aquí? Le recibiré encantado.

—Gracias, York. Estaré ahí en pocos minutos.

Colgó, saliendo de la cabina y llamando a un taxi. Le dio la dirección de la Galería de Arte Da Vinci, en la Calle 72, no lejos del Liceo Francés.

La galería de Gale tenía un aspecto sobrio, señorial, tradicionalmente europeo, con su puerta vidriera discreta, su placa de bronce lustroso, su toldo sobre la acera y la pequeña vitrina anunciando la exposición o venta de cuadros correspondiente. Todo allí mostraba el buen gusto de alguien que sabía darle auténtico sabor a un centro artístico.

Kelly empujó la vidriera color caramelo, enmarcada en color marfil, y se llevó su primera sorpresa.

Un hombre flaco, joven, barbudo, de larga melena rizada, sucios y descoloridos *jeans* y una camisa india de colores, con collares diversos de estilo *hippy*, voló como un fardo disparado por una catapulta, le golpeó de refilón, y se fue dando tumbos, hasta golpear una reproducción en mármol blanco del Discóbolo de Mirón, lanzando un agudo grito de dolor. Luego, aterrizó en las baldosas relucientes, con la nariz chorreando sangre.

—Mis cuadros... —sollozó—. Mis pobres cuadros...

Dentro del local sonaba un barullo considerable. Alguien gritaba, patéticamente, pidiendo clemencia, y le llegó el estrépito de vidrios y de porcelanas destrozados.

Avanzó rápido, preguntándose qué clase de terremoto tenía por escenario la apacible galería de arte, y apenas y dobló la esquina del corredor, encarándose a la sala de exposiciones propiamente dicha, pudo contemplar el desastre en toda su magnitud.

Tres hombres, de ropas demasiado estrechas o de músculos excesivamente desarrollados para sus chaquetas, estaban afanados en la minuciosa labor de desgarrar con navajas los lienzos repletos de colores, chafarrinones y formas abstractas que colgaban de los muros, mientras alternaban esa labor con la de vaciar botes de

pintura de vivos colores sobre muros, estatuas y adornos del local. Varias estatuillas, cerámicas y objetos de arte puramente decorativos, yacían hechos añicos en el suelo.

Howard York, pálido y desencajado, asistía impotente a ese destrozo, puesto que un cuarto individuo le tenía sujeto por el cuello, desde atrás, con un brazo no menos musculoso que el de sus compinches, y con el otro le iba pegando sistemáticamente puñetazos en el estómago.

—¡Váyase de aquí, Damon, por el amor de Dios! —clamó al verle, entre golpe y golpe—. ¡Éste no es asunto suyo, no se complique en él!

Los tipos le dirigieron una mirada burlona mientras proseguían su labor destructora implacablemente. Allá atrás, los sollozos del joven barbudo, seguían clamando por sus cuadros patéticamente.

—Ya ha oído a su amigo —dijo uno de los tipos, de siniestras facciones, volviéndose burlón a Kelly—. Será mejor que se largue con viento fresco si estima en algo su pellejo. Éste es un asunto personal entre nosotros.

Kelly no dijo nada. Notó un extraño frío en sus venas y una rigidez que le era conocida, en su espina dorsal. Algo así experimentaba allá en Vietnam, cuando veía caer malheridos o muertos a varios camaradas, y un grupo de vietcongs emboscados hacía crepitar sus armas delante de él.

Primero era eso. Luego se cegaba en una nube roja y comenzaba a barrer a los contrarios hasta no dejar uno. Sólo entonces se sentía bien.

Eso es lo que le sucedía ahora. Pero no, allí no había vietcongs ni armas automáticas que vaciar.

Sin embargo, reaccionó lo mismo.

CAPÍTULO III

Con su solitario brazo izquierdo en acción, se precipitó sobre los agresores de York. Éstos, asombrados, vieron venir a aquel adversario que mostraba claramente la invalidez rígida de su brazo diestro con una mezcla de conmiseración y regocijo.

Se limitaron a soltar sus botes de pintura o los objetos afilados con que desgarraban los lienzos, para esperar a su solitario agresor puños en ristre. Parecía lo más fácil del mundo demoler a aquel chiflado.

La primera sorpresa fue para el más fornido de ellos que, por ser el más cercano a Kelly, recibió el bestial e increíble impacto de uno de los pies de éste, cuando el exsoldado de Vietnam disparó su pierna en un perfecto golpe de lucha oriental, donde se combinaban la destreza y la potencia. Aún no había apoyado el pie en tierra, cuando ya su otra pierna salía igual disparada, en una cabriola inaudita, dando de lleno en el abdomen al segundo de los salteadores que, resoplando, con el rostro repentinamente lívido y la boca abierta en busca de aire, se dobló sobre sí mismo, incapaz de reaccionar.

El primero, impelido por un escalofriante impacto del pie de Kelly en su mentón, saltaba por los aires para ir a desplomarse contra una estatua de escayola que se hizo mil pedazos, mientras los labios del golpeado sangraban, y su mandíbula colgaba, lastimosamente desencajada. Un aullido de supremo dolor escapó entre la sangre y las muelas quebradas del hombre.

—¡Cuidado, el tipo sabe artes marciales! —avisó el que sujetaba a York, dejando de martillear a éste sistemáticamente—. ¡Utiliza la artillería, imbécil, y deshazte de ese entrometido como sea!

Ni corto ni perezoso, el individuo obedeció. En su mano apareció como por ensalmo, tras hurgar bajo su mal cortada chaqueta, una reluciente pieza de acero pavonado, una automática

provista de un tubo negro en la extremidad de su cañón. Kelly supo que era una de esas armas que puede disparar las balas tan silenciosamente como si fuesen cuchillos.

No dejó emplear la pistola a su antagonista. Le bastó para ello alargar su zurda y tomar de una artística hornacina iluminada, con imitación a columna jónica, una gruesa esfera de mármol de respetable peso. La disparó contra el hombre como quien lanza la bola en un partido de béisbol.

Kelly resultó ser un buen tirador. Y el otro un mal bateador. La esfera de mármol alcanzó el rostro del individuo, sonando como si chocaran dos bolas de billar. Un sofocante grito de terrible dolor escapó de labios del herido, que disparó su arma al aire, mientras por su astillada nariz y su maltrecha boca escapaba la sangre a borbotones. Se derrumbó como un fardo, mientras el único tipo ileso en la pelea se apresuraba a soltar a York y dirigía velozmente su mano a la axila izquierda, en busca de algo que no debía ser precisamente árnica.

Kelly, con movimientos veloces, arrebató de la mano del caído con la cara destrozada la pistola automática provista de silenciador. La volvió hacia el cuarto hombre, empuñándola con su mano zurda.

—¡Quieto ahí o le vuelo la cabeza, sea usted quien sea! —amenazó con voz chirriante. El otro no le hizo caso. Su mano reapareció, empuñando una recia culata de pistola.

Kelly no tuvo la menor vacilación en hacer lo que hizo. Disparó dos veces.

El propio York chilló, aterrado, al ver llamear la silenciosa pistola de Kelly, horrorizado por el sesgo que tomaba aquella dantesca pelea.

Aulló el adversario, con una mezcla de estupor y de angustia al sentir las balas golpeando su persona implacablemente. La primera le rompió todos los dedos de su mano derecha, que colgaron, hechos astillas sangrantes, perdiendo definitivamente su pistola, igualmente provista de silenciador. La segunda bala le agujereó limpiamente el mismo hombro, reventándole la chaqueta en un orificio desgarrado y negruzco, por el que goteó la sangre. Impelido por los dos impactos, reculó, golpeando el muro, y mirando con desorbitados ojos de horror al aparente loco que parecía dispuesto a apretar otra vez el gatillo, apuntando ahora a su cabeza.

—¡No, maldito sea, no tire otra vez! —aulló, levantando su brazo zurdo, en señal de rendición—. ¡No siga disparando, so loco! ¡No quiero que me convierta en un colador!

¿Es que su amigo está rematadamente chiflado?

York no acertó ni siquiera a sonreír cuando se sintió interpelado por aquel asustadísimo hampón que antes parecía el amo de la ciudad o poco menos. En vez de ello, tartajeó, dirigiendo un ademán vivísimo a Kelly:

—Por el amor de Dios, Damon, no tire. No mate a este cerdo, no vale la pena. Esto no es Vietnam, muchacho...

Damon no parecía pensar lo mismo. Su rostro era una máscara de fiera que habían conocido bien sus enemigos y hasta sus compañeros de armas, allá en las junglas cálidas y húmedas del Sudeste asiático. Los ojos le brillaban como carbones encendidos, la boca aparecía crispada y la piel lívida. De no mediar la implorante petición de sus víctimas y el apaciguamiento del propio York resultaba impredecible lo que hubiese podido hacer.

—Está bien —jadeó lentamente, como de mala gana, bajando el arma que era para él como un juguete liviano tras haber sostenido durante jornadas enteras, sin dormir ni apenas comer, acribillado por los mosquitos, agobiado por las aguas pestilentes y hasta por las fiebres tropicales, los pesados fusiles automáticos de carga múltiple, capaces de vomitar en pocos segundos un centenar de balas—. Parece que por esta vez ha tenido suerte, amigo. Dé gracias porque sólo tenga dos balazos. Debí coserle a tiros. ¿Qué ocurre aquí, Howard?

—Son gentuza —masculló York, recuperando la calma y el aliento—. Vamos, largaos de aquí todos. Llevaos a vuestra escoria fuera de este lugar, o no respondo. Voy a avisar a la policía dentro de un minuto. Supongo que no querréis que os encuentre aquí...

Los dos menos dañados procuraron cargar como mejor pudieron con los más incapaces de valerse por sí mismos, y dirigirse todos, como perros apaleados, a la puerta de salida.

—Han elegido el peor camino —farfulló el de la mano destrozada cuando abría ya la vidriera color caramelo para abandonar la galería de arte, convertida en una especie de inenarrable ensalada de colores de pintura y de sangre, entre destrozos de todo tipo—. Sabe bien lo que esto significará en el

futuro, York.

—¡Fuera de aquí! —rugió éste, airado.

La puerta se cerró tras los cuatro hombres. Desde el exterior, les llegó el ruido del motor de un vehículo al ponerse en marcha. Los quejidos del barbudo seguían sonando en la entrada.

—Y bien, ¿qué pasa exactamente aquí, York? —quiso saber Kelly, volviéndose al socio de Gale—. Esto parecía más bien un garito de mala nota que una galería de arte en el corazón de Manhattan.

—Y que lo diga —resopló amargamente Howard York, tocándose con rictus dolorido el dañado abdomen—. Esa gentuza hubiera destrozado todo. Y a mí con ello, de no mediar usted tan providencialmente. Cielos, ¿quién le enseñó a luchar así?

—La Marina —rió sordamente Kelly, contemplando el arma que se había quedado como botín de guerra—. Y un buen amigo de los «boinas verdes» que conocí en Vietnam. Todo un tipo, muy parecido a John Wayne. En cuanto a las armas de fuego, no guardan secreto para un hombre que ha estado metido en los comandos de la selva, York. Pero acabemos de una vez, ¿a qué se debe esta escaramuza?

—Esa gente vino a imponer sus condiciones, Kelly. Son los métodos que usan.

—¿Mafiosos?

—Algo así. Hampones de la peor calaña. Pero simples asalariados. El «pez gordo» no da nunca la cara, para eso los tiene a ellos.

—Ya. ¿Y quién es ese «pez gordo»?

—Vic Rocco.

Kelly silbó entre dientes.

—No soy un experto en esos temas, pero he leído su nombre muchas veces. Y nunca relacionado con nada limpio. Hace poco fue procesado por algo sonado, ¿no?

—Soborno y asesinato. Pero no hubo pruebas ni testigos al final. Salió absuelto.

—¿Y qué tiene que ver un tipo de éstos con usted, York... y, sobre todo, con este negocio? A Gale no le hubiera gustado que esto ocurriera en su galería de arte.

—Después de todo, ella tuvo la culpa de que esto sucediera. Debí pensarlo bien antes de meterse en negocios según con qué

gente.

—¿Negocios? ¿Con Rocco? ¿Ella? —dudó Damon, mirando desconfiado a Howard York.

—Sí, por mucho que le extrañe —resopló con tristeza el artista, moviendo la cabeza—. Cuando las necesidades apremian se cometen muchas locuras. Ella amaba este negocio, lo consideraba como algo que formaba parte de ella misma.

Y quiso salvarlo.

—¿Necesidades? ¿Salvar el negocio? Temo no entender nada, York. Una persona rica no necesita mezclarse con gente como Vic Rocco.

—Eso es lo malo, Kelly. Ni usted ni nadie llegaron a saberlo jamás. Pero Gale distaba mucho de ser rica. Cuando quiso darse cuenta, iban a quedarse con este negocio sus acreedores. Y con todos los cuadros de sus protegidos, almacenados bajo este suelo.

—Pero ¿qué está diciendo? Los McNormand son gente de gran fortuna.

—Lo eran, Kelly. Lo eran. Invirtieron mucho en negocios y acciones realmente ruinosos. El viejo Davy, tras la muerte de su primera mujer, cometió muchos fallos financieros. En realidad, era ella la verdadera lince para los negocios, no él. Todo fue de mal en peor. Cuando Gale quiso que su padre y su madrastra le ayudaran en un apuro, se enteró de la amarga verdad. Su propio fondo personal, heredado de su difunta madre, había sido dilapidado por su padre en momentos de desesperado afán por recuperarse. No había un dólar, y esta galería había endeudado a Gale hasta las pestañas. Como usted sabe, Kelly, yo no soy hombre de dinero. Sólo era su socio artístico, su asesor y todo eso. No pude hacer nada por arreglar las cosas. Y ella quiso salir del apuro a su modo.

—Pidiendo dinero prestado.

—Sí. A Vic Rocco. Una suma importante, enormes intereses a corto plazo. Ya sabe cómo trabajan esos tiburones, Kelly. Las cosas en vez de arreglarse fueron de mal en peor. Gale incluso ayudó a su familia para guardar las apariencias, a la espera de un milagro financiero que nunca se produjo.

Y llegaron los plazos de vencimiento. Gale no pudo afrontarlos. Obtuvo, con mucho esfuerzo, demoras que significaban mayores intereses. La típica bola de nieve que crece sin cesar ladera abajo. Y,

de repente, llegó su muerte. Ahora, legalmente, yo dirijo esto. Rocco quiere cobrar. Y me envió a su gente con un recado a su manera. Usted ha venido a poner peores aún las cosas, aunque Dios me libre de reprocharle nada. Quieren cobrar la próxima semana sin demora, al menos todos los intereses devengados por el préstamo. Y éste dentro de quince o veinte días a lo sumo. Sin más aplazamientos. Supongo que a eso querrán añadir otra clase de «intereses»: los de su intervención en el asunto, Kelly. Yo que usted me cuidaría mucho a partir de este momento.

—Lo intentaré —cortó secamente Damon—. ¿A cuánto asciende la deuda más perentoria?

—Los intereses solamente se elevan a setenta y cinco mil dólares. El capital prestado es de ciento cincuenta mil.

Kelly emitió un silbido.

—Eso es una barbaridad. El cincuenta por ciento de intereses. Y doscientos veinticinco mil de deuda en total... sólo a pagar en veinte días como máximo.

—Así es.

—¿Usted tiene que pagarlo?

—Sí. Si no lo hago me matarán. Es su método en estos casos.

—¿Cree que ellos... mataron también a Gale por no pagarles? —Silabeó Damon.

—No sé... No parece lógico. Los mafiosos rara vez matan la gallina de los huevos de oro. No es rentable ni sensato. Gale tenía aún tres días de plazo por delante cuando la mataron.

—Tres días más de plazo... De modo que murió antes de tiempo.

—Así es. La hubieran matado si no paga, eso seguro. Pero difícilmente lo harían antes del momento oportuno. Eso les hacía perder la posibilidad de cobrar.

—Dios mío, qué sorpresas se lleva uno a veces... —murmuró Damon, paseando por la maltrecha galería con expresión distante—. Los McNormand y su gran fortuna, la arrogancia y orgullo de Clint y de Helen... y resulta que detrás de todo eso, ya no había nada. Ni un dólar. Sólo deudas...

—Así es, Kelly. Lamento que tenga que enterarse de todo por mí.

—Tenía que enterarme un día u otro. Tal vez haya sido mejor así.

—¿Usted cree? —dudó razonablemente York.

—No me asustan los tipos como Rocco. El y su gentuza temblarían como peles si se hubieran visto en Vietnam durante una sola semana.

—Pero esto no es Vietnam, Kelly. Es Nueva York. Su propia jungla, la que ellos conocen palmo a palmo. Son sus dominios.

—No serán peores que una horda de esos astutos y endiablados demonios amarillos, emboscados en la jungla —rechazó Damon secamente—. Llovían a veces de los árboles como monos. Sólo que en sus manos llevaban machetes y fusiles automáticos. Dígame, York, ¿cuál era el estado de ánimo de Gale días antes de cumplirse el plazo?

—Sorprendentemente bueno. No parecía demasiado asustada ni preocupada. Antes sí lo había estado. Pero de repente se mostró incluso optimista, y recuerdo que dos días antes de su muerte, me sorprendió con unas palabras llenas de convicción. Me dijo algo así como: «Howard, no te inquietes por nada. Vamos a salir de esto, ya lo verás. Y mucho mejor de lo que imaginabas...». Me dejó sorprendido. Pero no quiso aclararme más. Y ya nunca lo pudo hacer...

—De modo que confiaba en obtener dinero.

—Sin duda. O, cuando menos, en aplazar su deuda.

—Supongamos que era la primera posibilidad. ¿Quién podría prestarle tanto dinero?

—Que yo sepa, nadie. Los bancos ya no hacen préstamo alguno a los McNormand. Están en descubierto en muchos de ellos. Su finca de Manhattan está hipotecada. Si no les caen encima, es porque confían aún en recuperar su dinero dando cuerda suficiente a la familia.

—¿Cuerda para qué? ¿Para ahorcarse?

—Posiblemente. Su situación es muy grave, Gale lo sabía bien. Para ella fue un golpe muy fuerte enterarse de la verdad.

—Lo imagino. Pobre Gale... —meditó Kelly, paseando incesantemente por la galería—. Quizá pensó en recurrir a alguien que no podía negarle ese dinero. Alguien de quien ella sabía algo y estaba obligado a no rehusar su petición.

—Eso suena a chantaje, Kelly. No veo a Gale chantajeando a nadie.

—Digamos que no fuese exactamente un chantaje, sino una

hábil presión, un arma disuasoria para que alguien la ayudara en su apuro.

—Llámeseme como se llame, es lo mismo o muy parecido.

—Quizá, York, pero una mujer en apuros es capaz de todo. Aunque confieso que me sorprendería mucho también una actitud así en Gale. Sin embargo, más me ha sorprendido saber de su ruina y de sus negocios con un tipo como Vic Rocco, York, ¿hay algún medio de saber a quién pudo visitar ella últimamente, en los días anteriores a su muerte, qué contactos pudo mantener, que la llevaran fatalmente a la muerte?

—Yo... no sé, Kelly. Supongo que eso será cosa de la policía.

—Yo iba a ser su marido. También es cosa mía. ¿Dónde guardaba ella sus papeles, sus apuntes, todas sus cosas relativas a este negocio, York?

—Bueno, hay un pequeño despacho en la planta alta, pero no hay nada de interés. Yo ya lo he revisado. Naturalmente, no conservaba tampoco comprobante alguno de los préstamos obtenidos de Rocco. Esa gente nunca firma recibos ni pagarés, ya sabe. Entrega el dinero bajo palabra. Uno paga o no paga. Y vive o no vive, según actúe. Es su única forma de asegurar el cobro.

—Sí, lo sé. ¿Ese despacho es todo cuanto hay?

—Bueno, está el de su propia casa. Ella siempre mantuvo allí su lugar de trabajo, al margen de éste. Ahora imagino que la familia se habrá hecho cargo de todo ello...

—Es posible. Aun así intentaré ver lo que hay. Yvonne, su madrastra, me tiene cierta simpatía. Y también su padre. Si voy en ausencia de su hermano Clint y su prima Helen, puede que consiga algo positivo. Deséeme suerte, York —dijo, encaminándose a la salida mientras el barbudo artista se ponía a sollozar desconsoladamente al ver el destrozo sufrido por sus cuadros.

—La va a necesitar, Kelly —le recordó Howard York—. Sobre todo, con Rocco y su gente.

Damon Kelly se limitó a sonreír, sin hacer comentario alguno. La puerta color caramelo se cerró tras él. El pintor de los tejanos sucios lloraba ya abiertamente, aferrado a uno de sus maltrechos lienzos.

CAPÍTULO IV

Cruzó el umbral de la suntuosa residencia, en pleno corazón de Manhattan, preguntándose aún cómo era posible que aquella casa pudiera estar en peligro, posiblemente hipotecada, al borde de la ruina sus ocupantes.

Viendo su estructura sólida, recuerdo de los mejores tiempos de la ciudad, cuando la gente aún no había sentido la estúpida locura de construir cada vez más alto y más feo, contemplando al erguido y solemne mayordomo conduciéndole majestuoso hacia el interior con la perfecta compostura de una buen sirviente británico, uno dudaba de que un descalabro financiero de tal magnitud fuera posible.

Sin embargo, era obvio que Howard York no tenía por qué mentir. El negocio de Gale estaba virtualmente en las garras de los prestamistas mafiosos. Y la fortuna de los McNormand era ya pura historia pasada. En caso contrario, Gale jamás hubiera recurrido a un préstamo de los usureros del hampa de la ciudad. Ella nunca había sido tan insensata como ponerse incondicionalmente en sus manos. Eso es lo que pensaba Kelly, mientras era guiado a presencia de los dueños de la casa.

David e Yvonne McNormand se hallaban en un *living* cuyo fondo lo formaba un ventanal semicircular, asomado a un pequeño jardín interior, construido en un patio encristalado con claraboyas, muy semejantes a un invernadero dentro de casa. En otro ángulo de la sala, una enorme pecera mostraba dorados y multicolores ejemplares moviéndose en las limpias aguas del recinto encristalado. El mobiliario era como la misma casa; sólido, señorial, suntuoso y respetable. De otros tiempos, vaya, pensó Kelly con cierta melancolía.

El padre de Gale se puso en pie. Fue hacia él, caminando algo encorvado, como indeciso. Kelly se dijo que había envejecido al

menos diez años desde la última vez que lo viera, durante un permiso en su campaña del Sudeste asiático.

—Mi querido Damon... —murmuró, tendiéndole su mano—. Perdona que no habláramos contigo en el cementerio. Estaba bajo los efectos de sedantes. Todo ha sido tan terrible...

—Un *shock* tremendo, hijo —suspiró Yvonne McNormand desde el sofá donde permanecía acomodada—. Algo espantoso. Claro que tú lo comprendes mejor que nadie. Pero no podíamos imaginar que estabas aquí en el país...

—Era una sorpresa —manifestó amargamente Kelly tras estrechar la mano del dueño de la casa con su zurda, ante la sorpresa de éste, y dirigirse luego hacia Yvonne, a quien besó la mano caballerosamente—. Estaba internado en un hospital. Herida de guerra.

—Dios mío, tu brazo... —musitó David McNormand—. Tu brazo derecho, muchacho...

—Sí —asintió Damon—. Lo he perdido virtualmente. Sigue aquí, pero como si nada.

—¿Y... sin esperanzas? —susurró ella.

—Pocas —se encogió de hombros, indiferente—. Ya me he hecho a esa idea. A lo de Gale, no. Pretendía sorprenderla. Y no pudo ser.

—Pobre Gale... —murmuró la madrastra con gesto sombrío—. Llena de vida, de ilusiones, y ahora...

Nadie dijo nada. Damon miró alternativamente a ambos. Tenía un nudo en la garganta. El dolor, la amargura, casi se masticaban bajo el techo artesonado de aquella casa del siglo XIX, donde tantas veces había sonado la fresca risa de Gale.

—¿No tienen la menor idea de quién pudo...? —comenzó Damon sin terminar.

Ambos negaron a la vez con la cabeza, casi violentamente. David McNormand habló con tono crispado:

—¿Quién puede saberlo? Gale no tenía enemigos. Tú sabes cómo era ella. Sólo un loco pudo hacerlo. Dios mío, qué infamia, qué salvajada. Y pensar que cuando le capturen, si le cogen alguna vez, sólo podrán meterle en una celda como máximo... Debería seguir existiendo la pena capital, Damon. La silla eléctrica es el único castigo posible para gente así.

—No se preocupe —cortó Damon fríamente—. No vivirá. No irá a ninguna celda.

—¿Qué? —David le miró, sorprendido, sin entender el sentido de las palabras del que hubiera sido su yerno, de haber vivido Gale.

—Yo le encontraré antes que la policía —prometió Kelly con extraña entonación de voz—. Lo he jurado. Y cuando yo lo encuentre no hará falta un juez ni un verdugo. Le mataré con mis propias manos.

—Hijo, no hables así —gimió Yvonne, mirándole con asombro y horror.

—Vida por vida, señora —replicó él—. Sangre por sangre.

—Nadie puede tomarse la justicia por su mano.

—Tonterías —cortó Kelly glacialmente—. Es lo que se acostumbra a decir para que acatemos las leyes que redactan los hombres. Pero nadie te promete que se hará necesariamente justicia. A veces, ni siquiera se castiga al criminal. En la guerra es diferente. Un maldito hijo de perra enemigo liquida a tu mejor compañero. Tú encuentras siempre tu ocasión de tomarte el desquite, pulverizando a alguno de ellos cuantío te lo echas a la cara.

—Eso es la guerra, Damon —le recordó el padre de Gale tristemente—. Vienes del Vietnam. Aquello no es Nueva York. Es otro mundo.

—He oído frases parecidas a ésta en cantidad, desde que estoy aquí —le comentó Kelly—. Todos dicen lo mismo. Pero se muere, se mata, tanto en esta ciudad como en la selva vietnamita. Gale no fue a ninguna guerra, y ahora está enterrada con su hermoso cuerpo lleno de puñaladas y su bonito rostro crispado por el dolor y la agonía.

—Por Dios, Damon... —le suplicó Yvonne, estremeciéndose.

—Lamento ser tan duro, pero es la cruda realidad y todos lo sabemos. La policía busca a un hombre a quien tal vez nunca encuentren. Y si dan con él, ¿qué ocurrirá? Le leerán sus derechos constitucionales, le permitirán tener un abogado listo que reduzca lo más posible su condena y confunda al jurado y al juez, y el asesino pagará con unos pocos años de cárcel. Incluso es posible que ese picapleitos sea un cerdo y trate de ensuciar la memoria de Gale como un atenuante a ese horrible crimen. No, no es justicia

eso. ¿Por qué Gale no tuvo abogado ni defensa al ser asesinada? ¿Por qué nadie le leyó sus derechos a vivir, a ser feliz, a no ser brutalmente agredida por un cobarde bastardo, por un canalla sediento de sangre?

—Cálmate, Damon, muchacho —le rogó David, apoyando una mano temblorosa en su hombro—. Sabemos que las cosas son siempre así por mucho que sea el grado de civilización de nuestra sociedad. Pero si las cosas se hicieran como tú dices, esto sería la jungla, y los seres humanos actuaríamos como animales salvajes.

—Es posible que eso fuera más justo y más digno —respiró hondo Kelly con rostro crispado—. Los animales salvajes sólo matan para sobrevivir, no por el placer de matar. Y a su vez, son muertos por el más fuerte, en una cadena racional y lógica que equilibra las leyes naturales.

—Quizá tengas razón, Damon, pero no puedes actuar como un guerrillero en plena ciudad —le reprochó Yvonne—. Es asunto de la policía, no nuestro. Nos guste o no.

—Yo no pienso igual —les miró fijamente—. Acabo de saber que están ustedes en la ruina.

Fue como soltar un bofetón tremendo al rostro del matrimonio. Palidecieron ambos, sin saber qué hacer ni decir. Se miraron entre sí, perplejos, y luego centraron sus miradas en el visitante.

—Damon..., ¿qué dices? —jadeó David McNormand.

—Sí, ¿qué tontería es ésa? —argumentó débilmente su mujer. Y aferró de modo instintivo la mano de su marido.

—Acabo de enterarme de ello. He tenido una pelea con unos gánsters que pretendían destrozar la galería de arte de Gale.

—¡Dios mío! —sollozó ella, más pálida aún, bajando los ojos.

—Eran gente de Vic Rocco, el mafioso. Quieren cobrar los intereses y el capital que Gale les debía. Ella se metió en préstamos con esa gente. No podía recurrir a ustedes, porque los McNormand no tienen un dólar, ¿no es cierto? ¿Cuándo hipotecaron esta casa?

—Hace dos meses... —gimió David, inclinando la cabeza, vencido, roto.

Les miró Damon con patética compasión. No quiso ahondar ni remover la herida. No era tan cruel, al menos con ellos.

—Siento hablar así —dijo—. No había otro remedio. Esa gentuza pudo matar a Gale. Pero no es probable, porque así se quedaban sin

el dinero casi definitivamente. Pero quiero saber cosas de ella, de sus negocios. Creo tener un cierto derecho moral, puesto que iba a ser su esposo. En su despacho de la galería no había nada especial. Me he preguntado si aquí, en su propio despacho de la casa habrá algo...

—No podemos saberlo. Nadie ha tocado sus cosas desde que ella... murió.

—¿Nadie? ¿Ni siquiera la policía? —se sorprendió Kelly.

—Nadie ha mostrado interés por ver sus cosas, ésa es la verdad —confesó Yvonne—. ¿Quieres ser tú el primero?

—Por favor, señora —asintió Kelly vivamente.

—Ven, sube conmigo —le invitó la madrastra con firmeza—. ¿Te quedas a cenar con nosotros?

—No, gracias. Tengo cosas que hacer aún. ¿Y los chicos?

—Clint está trabajando —suspiró ella, mientras le precedía escaleras arriba—. Ha logrado colocarse en el club náutico como piloto de embarcaciones de recreo. Dice hacerlo por *hobby*, simplemente, pero no creo que todos acepten esa excusa. Sin embargo, gana algún dinero, y es lo que cuenta. También Helen se ocupa de tareas de diseño en una importante firma de modas, gracias a su amistad con Cheryl Bannister, la famosa modista neoyorquina. Como ves, no nos avergüenza ganarnos el pan de cada día de alguna forma. Yo misma trabajo para la capilla del padre Bradford.

—Ignoraba que fuese usted religiosa —comentó Kelly, distraído.

—Nunca lo fui. Pero el reverendo Bradford se ha hecho un buen amigo de la familia desde que Helen empezó a frecuentar la capilla nueva, y él parece saber bien cuáles son nuestros problemas. Me ha conseguido una labor sencilla, aquí mismo en casa, atendiendo las suscripciones a una publicación que edita su secta religiosa mensualmente. Eso me deja algún dinero que viene muy bien a la casa en esta situación actual.

—Con tantos sacrificios para salir a flote, ¿no es un lujo excesivo seguir disponiendo del servicio doméstico como antes?

—Claro que sí. Pero tiene su explicación, Damon. Sólo quedan el mayordomo. Warren y Edith Fox, la cocinera y criada, todo en una pieza. Menos de la mitad del servicio antiguo. Y aún ese servicio permanece aquí por la mitad de su salario normal, en atención a

nosotros y a los numerosos años que llevan en nuestro hogar. Por otro lado, si prescindieramos de todos ellos, muchos de nuestros acreedores que hoy aguardan nuestra recuperación a plazo más o menos corto, se lanzarían sobre nosotros para reclamarnos las deudas aunque fuese por vía judicial comprendiendo que la ruina es absoluta, ¿vas entendiendo?

—Sí —suspiró tristemente Damon—. Están pretendiendo sostener un cadáver, sujeto por una carpintería que lo haga aparecer todavía vivo.

—No seas cruel, Damon —se quejó ella parándose en el corredor de la planta alta para volverse y mirarle con pesar—. Los cadáveres nunca resucitan. Nosotros aún podemos hacerlo.

—¿No sería un milagro?

—Sí, algo así. Pero David aún tiene una serie de acciones que han resultado ser papel mojado. Algunas de ellas tienen una remota esperanza de recuperación si las empresas recuperasen su perdida solidez. Es nuestra esperanza, Damon.

—Comprendo —murmuró él, asintiendo—. Hablemos de otra cosa, señora McNormand. Dijo usted que ese reverendo es de una secta determinada. ¿No es un religioso propiamente dicho, entonces?

—Claro que lo es. Se trata de un nuevo movimiento cristiano, ortodoxo en sus principios y dogmas, Damon —pareció cobrar cierto entusiasmo su voz al hablar de ello—. Se denominan «Los Hijos de Galilea», y basan toda su fe y creencia en la interpretación más pura y directa de los Evangelios. Han construido cerca de aquí una bella y sencilla capilla que tiene cada día más adeptos. Nosotros somos feligreses también de la capilla del Señor Crucificado, como se la denomina.

—Ya veo. ¿Qué tal persona es el reverendo Bradford?

—Un hombre ejemplar. Joven, inteligente, comprensivo y siempre dispuesto a hacer un favor, a ayudar a alguien con hechos o con palabras.

—Demasiado bueno para ser cierto —gruñó Damon—. No existen ya personas así.

—No seas hereje, Damon. Si le conoces verás que tengo razón.

Kelly no comentó nada. Habían llegado ante una puerta cerrada que Yvonne abrió utilizando una llavecita de las cuatro o cinco que

colgaban de una cadenita en su pecho, a guisa de medallón. Kelly recordó a las viejas amas de llaves de las películas góticas.

—Siempre he sido el ama de llaves de esta casa —sonrió ella—. Pero esta llave sólo la añadí a las demás cuando ha muerto Gale. Ella la dejaba siempre puesta. No tuvo jamás secretos para ninguno de nosotros.

—¿También sabían lo de Rocco y su préstamo? —dudó Kelly.

—No exactamente. Pero sí que había obtenido un crédito. No podíamos imaginar a qué clase de tipo se lo pidió. Ni ella nos lo confesó nunca, tal vez por vergüenza.

—Pues ahora Gale había creído estar a punto de conseguir otro crédito para tapar el peligroso parche de Vic Rocco. Eso fue lo que insinuó a su socio, Howard York, el día antes de morir. Extraño, ¿no?

—Dios mío, ¿en qué oscuros asuntos se llegó a mezclar Gale? —se lamentó su madrastra con tono amargo, que parecía totalmente sincero a oídos de Kelly.

No se habló más. Entraron en la estancia.

Damon sintió un estremecimiento al pisar aquel cuartito acogedor que había sido el santuario personal de su prometida. Había algo de Gale todavía flotando en el ambiente. Acaso un vago recuerdo de su perfume de rosas, acaso su presencia inmaterial, en espíritu, aleteando sobre los muebles sencillos y modernos sobre los libros y publicaciones de arte, en las reproducciones enmarcadas en los muros donde podían verse desde cuadros de Picasso hasta Gauguin, pasando por Rembrandt y Van Gogh, entre otros.

Allí había trabajado ella siempre. Allí leía, preparaba sus actividades relacionadas con la pintura y la escultura, escribía artículos para alguna revista especializada o simplemente descansaba contemplando las tapias del jardín y los edificios situados más allá. Un retrato de ella le contempló desde el lienzo al óleo, enmarcado encima de una falsa chimenea decorativa. La contempló él a su vez, enternecido y sombrío.

En el escritorio, entre papeles de todo tipo, también descubrió en marco de plata una fotografía de ambos cogidos de la mano ante la estatua de la Libertad un día de mucho viento. Era antes de Vietnam. Gale sonreía, radiante, su melena pelirroja al aire.

—Dios mío... —suspiró Damon cerrando los ojos.

Notó que la mano de Yvonne McNormand se apoyaba comprensivamente en su brazo.

—Animo, querido —le murmuró la madrastra—. Todos hemos pasado por esto.

Asintió Kelly tomando energías. Se acercó a la mesa. Comenzó a revisarlo todo. El bolígrafo dorado de Gale, con calendario digital incorporado, reposaba junto a una carpeta verde oscura, y un grueso bloc de papel para anotaciones. Al lado, una agenda de sobremesa había quedado sin tocar desde la fecha misma del día en que ella murió. Miró esas cifras con un escalofrío. No había nada anotado allí. Ni tampoco en las páginas anteriores. En una posterior sí había una breve anotación:

«Ver las acuarelas de S. F.».

Siguió pasando hojas. Se paró en seco. En una de ellas, la correspondiente a tres días más tarde de la fecha en que ahora se hallaban, algo llamó su atención:

«Pagar a V. R.».

Era todo. Suficiente. Aquel día tenía que pagar a Vic Rocco su deuda.

Eran cosas que nunca hizo, ni ya nunca haría. Pero que, sin duda, pensaba hacer en su día. Ver los cuadros de algún joven y desconocido pintor a quien quería ayudar, liquidar su deuda con el gángster... Pero ¿cómo pensaba conseguir esto último? ¿Con qué dinero?

Se confirmaban sus sospechas de cuando habló con York. Había algo en lontananza, algo que, según Gale, podía permitirle cubrir su peligrosa deuda con el mafioso.

—¿Ves algo importante, Damon? —se interesó ella...

—No —confesó Kelly—. Nada que no intuyera ya. Pero creí que habría algo más, algo revelador que pudiera conducirnos a... adonde yo pensaba poder llegar.

Eran palabras que no parecían decirle mucho a Yvonne. Pero eso a Kelly le tenía sin cuidado. Removió febrilmente papeles, apuntes, facturas, recibos. No encontró nada especial en todo ello. Se quedó pensativo, sentado en el borde de la mesa, la mirada fija en la

agenda, en el bloc, en los papeles dispersos, en el dorado bolígrafo...

De repente, arqueó las cejas. Sus ojos tuvieron un destello de astucia. Yvonne lo advirtió. Avanzó hacia él, esperanzada.

—¿Has encontrado algo quizá? —murmuró.

—Sí, creo que sí —dijo roncamente él. Tomó el bloc de apuntes situado al lado opuesto de la agenda junto a la fotografía de ellos dos. Lo miró situándolo ante sus ojos de modo que le diese la luz encima a la primera hoja de papel del bloque.

Advirtió lo que ya creyera notar antes. No había nada escrito allí, pero algo trazado sobre la hoja anterior, había dejado una huella sobre el papel, quizá por haber presionado en exceso la punta del bolígrafo.

Buscó entre los objetos del despacho y encontró un recipiente portaplumas del que asomaban lápices, bolígrafos y rotuladores. Tomó un lápiz de mina blanda y comenzó a pasarlo repetidamente sobre la hoja de papel con suavidad marcando en negro su superficie. El trazo hundido en la hoja se silueteó lentamente. Kelly pudo leer con vivo interés las dos líneas allí escritas, perfectamente visibles ahora:

«Padre Bradford, capilla. 17,20».

«C. Bishop, 57th West, 1150. 19».

—Al fin hay algo... —jadeó Damon—. Espero que signifique alguna cosa concreta.

—¿Qué es ello? —demandó la madrastra de Gale, anhelante. Se lo mostró. Ella frunció el ceño sin entender.

—No lo veo claro —murmuró—. No conozco a ningún. —Bishop. Y esas cifras...

—Parece muy claro. Tenía que ver al padre Bradford en la capilla, a las cinco y media de la tarde. Y a un tal Bishop, en esta dirección de la 57 Oeste, a las siete posiblemente del mismo día.

—Pero ¿qué día?

—No sé —confesó Kelly—. Tal vez el de su muerte. Eso es lo que tengo que averiguar ahora, señora McNormand.

Inclinó su cabeza en señal de despedida y salió disparado hacia la calle. Apenas si se despidió de David McNormand, sentado en el *living*, distante y sombrío.

Al pisar los escalones de piedra que descendían desde la puerta a la acera, se encontró con los dos, que salían de un taxi. Eran Clint y Helen. El hermano y la prima de Gale. Se quedaron mirándole con clara hostilidad. Damon no perdió la ocasión de soltarles su andanada.

—Vaya, los orgullosos jovencitos McNormand —comentó, sarcástico—. No, no he venido a despojaros de vuestro dinero, no temáis. Pero tampoco he venido a haceros un préstamo del que andáis tan necesitados.

Clint McNormand palideció. Sus ojos claros relampaguearon de ira, y los cabellos, casi tan rojos como los de su hermana asesinada, se removieron con la sacudida de cabeza.

—Damon Kelly, nunca me gustaste —confesó con voz chirriante—. ¿A qué has venido por esta casa? Ahora que Gale ya no existe, no veo qué papel pintas en nuestras vidas.

—Vosotros me acusabais de querer embolsarme el dinero de los McNormand mediante mi boda con Gale, ¿no es cierto? —dijo con sangrante ironía Kelly—. Ambos estabais muy de acuerdo en señalarme como a un desaprensivo cazador de dotes, ¿os acordáis, muchachos? Oh, claro, yo iba por el dinero de Gale, no por ella ni por los sentimientos que ella despertaba en mí. Y ya veis por dónde, la pobre Gale ni siquiera podía salir adelante en sus negocios, estaba empeñada con prestamistas usureros y peligrosos, y en la lujosa mansión familiar no hay un dólar ni esperanza de obtenerlo, a menos que todos trabajéis en algo denodadamente, pero eso sí, pretextando altivamente ante los demás que seguís siendo los McNormand, con todo vuestro poderío económico intacto.

—Eres un cerdo, Kelly, y te voy a romper la cara —silabeó Clint—. Siempre me dieron ganas de hacerlo, y lo hubiera hecho de no ser porque Gale me hubiera puesto a parir por ello con tanto como te quería y como admiraba tu varonil atractivo... —soltó una carcajada y miró a su prima Helen—. ¿No es cierto, primita, que mi infortunada hermana estaba enamorada de la manera más estúpida por este patán?

—Eso parecía —confesó Helen con desprecio, mirándole burlona—. Pero ahora que ya no está ella, sí deberías darle un buen escarmiento a este bastardo asqueroso.

Así eran los dos primitos. Un encanto por partida doble, pensó

Kelly con frialdad. Lo había sabido siempre. Sólo la autoridad de Gale impedía que le hubieran dicho en la cara lo que pensaban. O que Clint, tan orgulloso siempre de sus condiciones de boxeador, habitual de los gimnasios costosos, pudiera ponerle los ojos a la funerala.

Ahora ya no había trabas para eso. Clint tenía el gesto crispado y su sonrisa se amplió pensando en la paliza que podía dar impunemente al odiado Damon Kelly.

Se acercó a él, apretando los puños cuando Kelly replicaba ya con voz glacial:

—No tolero insultos a la memoria de Gale. Ella era más digna y honesta que todos vosotros, que leñéis que hacer ahora lo que sea con tal de salir a flote y comer caliente. Sois la carroña de esta fétida y miserable ciudad.

Era más de lo que Clint McNormand podía tolerar. Emitiendo un berrido de furia, se precipitó sobre Damon, enarbolando dos puños con certera esgrima pugilística. Kelly esperaba ya esa agresión. Su único brazo no era obstáculo para poder plantar cara al joven hermano de Gale. Después de todo, éste ignoraba que el entrenamiento de varios meses en Vietnam había sido muy duro, y que incluía clases de karate y judo, así como toda clase de métodos de guerrillas, procedimientos simples para matar a un hombre con una sola mano, o para enfrentarse a varios, como bien podía dar fe de ello Howard York.

Clint disparó sus puños al rostro de Damon, pero no encontró más que el vacío. Trastabilló, perdido el equilibrio por su impulso, y en ese preciso momento recibió un golpe seco, con la zurda de Damon bien abierta, rígida como la hoja de un hacha, en pleno tabique nasal.

Su nariz crujió ásperamente, empezando a chorrear sangre en forma copiosa. Helen, asustada, gritó. Damon se limitó a sonreír, y cuando Clint le buscó de nuevo el cuerpo con ambos puños, exasperado, de nuevo disparó su mano con certeza, alcanzándole junto a la oreja con el ímpetu de sus dedos estirados, incisivos como una punta de sable.

El alarido de dolor que emitió Clint McNormand retumbó en toda la calle. Varios curiosos se agolpaban, presenciando la pelea, en tanto Helen corría desesperadamente a la puerta de su casa,

quizá en demanda de auxilio para su primito.

Todavía Clint intentó vapulear a su rival, pese a que la cabeza le daba vueltas, tras recibir el segundo impacto de la única mano útil de su adversario. Kelly, implacable, sin descomponer su sonrisa, le soltó un impacto seco y violento contra el mentón.

Clint saltó por los aires, disparado del asfalto como si le hubiera lanzado un resorte de muelles, y fue a estrellarse de espaldas en la acera, quedando allí inmóvil, jadeante, el rostro bañado en sangre, la mandíbula dislocada.

Damon le contempló despectivo, se volvió hacia la aterrorizada Helen y comentó con una mueca:

—Estaba deseando darle esta lección al petimetre de tu primo, Helen. Sólo lamento que tú seas mujer, pequeña víbora, para hacer lo mismo contigo.

Y se alejó, indiferente, abriéndose paso entre el sorprendido cerco de peatones, en busca de la capilla del Señor Crucificado.

CAPÍTULO V

Realmente, era una capilla pequeña, pulcra, moderna y sencilla en sumo grado. Construida en un punto casi ahogado por bloques de enormes edificios, su cruz de acero, simple y rígida, remataba su techo blanco, y la única planta del recinto religioso mostraba los vidrios policromados de sus ventanales alargados y angostos.

El interior, umbrío y apacible, era alargado, no demasiado grande, con tan sólo un gran crucifijo de piedra blanca al fondo, delante de un aliar reducido, enfrentado a dos hileras de asientos. Lateralmente, una puerta conducía a alguna parte a su derecha, y una especie de púlpito o balconcillo sobresalía a su izquierda, sin duda para el sermón dominical y las charlas del religioso.

No había nadie en el momento de entrar Damon Kelly en la capilla. Ni feligreses ni rastro del reverendo Bradford. Caminó por el pasillo central, percibiendo el eco de sus pisadas en el frío suelo de baldosas. Se persignó ante el crucifijo blanco, y miró en derredor, en busca de alguien. En un ángulo del altar, ardían tres velas en un candelabro de hierro forjado. Estaba contemplando las llamas de las tres piezas de acera, cuando creyó oír un leve taconeo en alguna parte. Giró la cabeza. La puertecilla lateral no estaba cerrada, sino entreabierta. De allí venía el ruido. Kelly hubiera jurado que eran tacones de mujer los que sonaban en el pavimento. Pero pronto cesaron en la distancia.

Se aproximó a aquella puertecilla. Llamó con voz suave pero clara:

—¡Padre Bradford! ¡Padre Bradford!

De momento no respondió nadie. Iba a insistir en su llamada cuando sonó una puerta allá al fondo, y una voz firme y jovial respondió:

—¡Ya va, ya va! Un momento, hermano, por favor...

Esperó. Apenas unos diez o doce segundos después, se

aproximaron unas pisadas, esta vez de calzado masculino. La figura del hombre, de mediana estatura, figura esbelta y cabello oscuro, se recortó contra la claridad de una vidriera al fondo. Se acercó a él por el corredor lateral. Vestía de color gris oscuro, parecido al *clergyman*, pero con la chaqueta cruzada, abotonada en dos filas, y un suéter negro de cuello alto, con una cadena y una cruz en metal plateado, colgando del cuello. En una mano llevaba un libro de tapas negras parecido a un misal. En su solapa, brillaba un pequeño crucifijo de oro.

—Bienvenido seas hermano, al templo del Señor —saludó con suavidad, mirándole curioso—. Tu rostro no me es conocido... ¿Curiosidad o devoción?

—De momento, sólo curiosidad, padre —suspiró Damon.

—Entiendo —sonrió el religioso, comprensivo. Era joven, un hombre de unos treinta y ocho a cuarenta años, de rostro jovial, risueño, y afable mirada color café, risueña e inteligente, y fácil sonrisa. Las manos que apretaban ahora el libro, eran pálidas y delgadas, evidentemente sensitivas—. Si quieres una explicación y unos folletos podrás iniciarte en nuestro concepto espiritual y teológico acerca de...

—No, padre, no es esa clase de curiosidad —rechazó Damon—. Verá, no soy demasiado religioso, la verdad. Ése no es el motivo que hoy me trajo aquí. En estos momentos me ocupo más de los problemas del cuerpo que de los del alma.

—Ése es un error muy extendido en nuestra sociedad —asintió el religioso con una sonrisa—. Veamos, ¿para qué has entrado en esta capilla, hermano?

—Para hablar de Gale McNormand, padre —dijo Damon, mirándole fijamente—. Era mi prometida. Íbamos a casarnos en breve.

La única reacción que captó en el padre Bradford fue de dolor y sorpresa. Los ojos del religioso le contemplaron con vivo interés. Respiró hondo y asintió.

—Entiendo muy bien, hermano —musitó a flor de labio—. ¿Eres Damon Kelly?

—Sí. ¿Le habló ella de mí?

—Varias veces —afirmó el sacerdote—. Y siempre bien. Muy bien. Estaba muy ilusionada con esa boda. Pero la hemos perdido,

Damon. Todos la hemos perdido.

—Así es, padre. Yo estoy buscando a su asesino.

—¿Tú? —Enarcó las cejas, sorprendido—. Es misión de otras personas hacerlo...

—Lo sé. Pero ellos tal vez nunca lo encuentren. Yo, sí. Estoy seguro de ello.

—«Mía es la venganza, dijo el Señor» —recitó lentamente el padre Bradford—. ¿Sabes eso, Damon?

—Sí, algo he oído. Está en la Biblia, ¿no?

—En efecto. Pero tú no eres Dios, hermano. Nadie debe vengarse por sí mismo. Nadie puede administrar justicia por propia cuenta, si eso es lo que piensas hacer.

—¿Por qué no? En la Biblia también se habla de «ojo, por ojo, sangre por sangre»...

—Sí. «Y el que a hierro matare, a hierro será muerto» —volvió a recitar el religioso—. Pero eran otros tiempos. Hoy en día existe una justicia para esos menesteres.

—Una justicia que no siempre es eficaz ni tan siquiera justa —replicó Kelly—. Lo siento, padre. No quiero discutir con usted sobre los aspectos morales de mis pensamientos.

Sólo quiero averiguar cosas sobre Gale y las circunstancias que condujeron a su muerte.

—¿En qué puedo ayudarte? —le invitó a sentarse en un banco, y él lo hizo a su lado.

—Creo que el día que fue asesinada estuvo aquí a las cinco y media de la tarde. El padre Bradford arrugó el ceño, recordando. Luego asintió.

—Sí. Es cierto. Debía ser esa hora cuando ella vino. Pero no pude atenderla en ese momento.

—¿Por qué no?

—Verás... —señaló con un gesto la puertecilla por la que había salido—. Desde hace poco tiempo, tengo una nueva feligresa. Un caso muy especial. Una mujer perdida que busca la salvación de su alma y la reconversión a una vida sana y honesta. Ha buscado apoyo en mí y en esta religión, Damon. Es un caso difícil. Tengo que ayudarla, pero no siempre resulta sencillo, por culpa de ella misma y de su... de su oficio, tan viejo como el mundo. ¿Vas entendiendo?

—Sí, padre, creo que sí —asintió Kelly algo cohibido.

—Esa pobre mujer necesita ayuda total, imperiosa. Tuve que rogarle a Gale que se marchara y volviese más tarde para atenderla debidamente. Entonces, como hace un momento, cuando usted ha entrado aquí, estaba con esa infeliz, tratando de hacerle ver el camino del Señor y su propio futuro.

—Oí un taconeo de mujer, sí —admitió Damon Kelly.

—Es muy asustadiza. No quiere que la vea nadie por aquí. Aún no he logrado que deje la..., la «profesión» —sus ojos se llenaron de tristeza en ese punto—. Pero no desespero de conseguirlo en breve. Por ello no debo precipitarme, pero tampoco dejarla de la mano.

Viene casi cada día, a horas virtualmente fijas —señaló su reloj de pulsera—. Ahora son las cinco y media...

—Cierto —asintió Kelly—. ¿De modo que no pudo hablar ese día con Gale?

—En absoluto. Esperé que viniera más tarde, entre siete y ocho.

—¿No vino?

—No. Me dijo que sería difícil, porque tenía que ver a otra persona a esa hora. Pero aseguró que volvería ese mismo día a cualquier hora de la noche, Pero nunca más regresó a esta casa, Damon.

—Comprendo —susurró Kelly, cabizbajo—. La mataron antes de poder hacerlo.

—Fue algo espantoso. No podía creerlo cuando lo supe...

—Nadie lo creíamos, padre Bradford —le volvió a mirar con vivo interés—. ¿Sabía usted que Gale estaba en apuros con un gángster, por causa de una suma de dinero?

—Sí —sonrió amargamente el religioso—. Ella no me ocultaba nada. Me confesó eso. Estaba muy asustada. Lo malo es que yo no podía ayudarla en absoluto. Por desgracia, no poseo ni la centésima parte de la suma que ella necesitaba para salir del apuro.

—¿Usted la hubiera ayudado a salir del trance de haberle sido posible?

—Sin la menor duda. La señora McNormand y ella misma habían hecho mucho por mi iglesia anteriormente, herma no Damon. Y eso yo nunca podré olvidarlo.

—Sí, ya lo veo —meditó Kelly, la mirada perdida en los desnudos muros de la capilla, antes de hacerle una pregunta al sacerdote—. Supongo que no sabrá usted nada de un tal C. Bishop...

Damon observó que había una rápida contracción en el rostro del religioso, y que sus ojos evitaban mirarle por un instante, como si aquel nombre significara algo que no terminaba de gustarle. Tras una corta pausa de indecisión, confesó con un suspiro:

—Si se trata de Coleman Bishop..., sí, creo que sé algo de él. ¿Realmente desea usted saberlo también?

—Por favor, padre Bradford —rogó Kelly—. Tengo mis razones para ello. Gale iba a visitarle a las siete de aquella tarde, en un lugar de Manhattan.

—De modo que era él a quien iba a ver... —suspiró, moviendo la cabeza afirmativamente—. Sí, me doy cuenta de que en su situación no podía hacer otra cosa, aunque aquello le repugnase...

Kelly notó un raro hormigueo dentro de sí. Se quedó mirando al sacerdote de «Los Hijos de Galilea» con expresión meditativa. Cuando preguntó, su voz era algo ronca.

—¿Repugnarle? ¿A qué se refiere? ¿Qué quiere dar a entender con eso? ¿Quién es, en realidad, Coleman Bishop?

—Coleman Bishop es uno de los hombres más ricos de esta ciudad —comentó tristemente el padre Bradford—. Y estaba locamente enamorado de Gale.

—Cielos —susurró Kelly, estremeciéndose con algo muy parecido a los celos y la ira, pese a que el objeto de los celos estaba ya en otro mundo—, ¿acaso pretendía... quitarme la novia, casarse con ella? Responda, padre, se lo ruego Supongo que no será ningún secreto de confesión que le confiase Gale...

—No, no —rechazó él—. En nuestra religión no existen las confesiones propiamente dichas, hermano. Pero sabemos guardar un secreto si es que se nos pide, incluso hasta morir. Lo que sucede es que Gale nunca me pidió que mantuviera secretas las intenciones de Coleman Bishop.

—Acabemos. ¿Pretendía casarse con ella o no?

—No hubiera podido hacerlo aunque quisiera. Es casado.

—¿Entonces...? —Kelly notó la rabia en lo más hondo de su ser.

—Quería solamente hacerla su amante. A cambio de ello, había prometido convertirla en la mujer más rica de Nueva York.

—¡Oh, basta! —bramó Damon, poniéndose rígido e incorporándose del asiento—. Eso es..., es canallesco, es ruin y miserable...

—Claro que lo es —aceptó suavemente el religioso—. Serénese, hermano. Por desgracia, ya no está Gale en situación de elegir entre usted y él, aunque sé que siempre hubiera sido usted el objeto de sus preferencias. Gale no era de esa clase de chicas que se deslumbran por el dinero, ni siquiera en una situación apurada como la suya.

—Pero le he dicho que fue a ver esa tarde a Bishop, tenía concertada una cita...

—Es posible. Pero eso no significa nada. Ella ni siquiera mencionó que fuese a verle a él.

Pero si lo hizo, sería para pedirle un préstamo a ese hombre y nada más.

—Recurrir a un hombre rico que le propone a una chica honesta comprar su dignidad de mujer por dinero, no es demasiado honorable, padre Bradford.

—Quizá no lo sea. Pero Bishop era quizá el único que podía resolverle su problema, y ella pudo ofrecerle a cambio devolverle esa suma en su momento, con los intereses legales correspondientes. ¿Habría en eso algo de inmoral, mi joven amigo? —sonrió con suavidad el religioso.

—No..., no lo sé —confesó Kelly amargamente, dando unos pasos por el corredor central de la capilla—. No era correcto. No debía hacerlo. Bishop no dudaría en ayudarla, para tenerla luego en su poder y acaso presionarla, coaccionarla...

—Todo eso carece de sentido ahora, hermano —le reprochó el reverendo—. Ella ya no existe. La asesinaron. Y eso es peor de cuanto pudo acontecerle si Bishop le presta el dinero..., en el supuesto de que no se prestara y el crimen tuviera por móvil ese dinero.

—Eso será fácil de averiguar —dijo Kelly con firmeza—. Voy a preguntárselo a la única persona que lo sabe: Coleman Bishop.

—No. No le presté ni un dólar, señor Kelly. Absolutamente nada. Porque nunca llegué a verla esa tarde.

Damon contempló con resentimiento y acritud al hombre que tenía ante sí. No era la primera vez que lo veía. Ya antes había advenido su presencia en el funeral de Gale, allá en el cementerio de Queens. Era el hombre maduro, de mechón blanco en los cabellos, como un lunar, impecablemente vestido y de expresión

grave y algo sombría.

Estaban en una oficina amplia y moderna, situada en el número 1150 de la Cincuenta y siete Oeste, el lugar apuntado en la hoja de bloc de Gale. El sol se había puesto recientemente sobre Manhattan, y las sombras azules de la tarde penetraban ya por las enormes cristalerías asomadas a los desfiladeros de asfalto, cemento y vidrio de las calles de la ciudad. Las luces fluorescentes iniciaban sus guiños y cambios en los amplios anuncios callejeros, y brillaban ya bastantes ventanas de oficinas ante ellos.

—Temo no poder creerle —dijo Kelly sin ambigüedades.

Los duros ojos acerados del financiero se fijaron en él glacialmente. Su mentón crujió al encajarse con sequedad.

—Es usted un grosero, señor Kelly —le espetó.

—Y usted es un canalla —replicó Damon, agresivo—. Quería comprar con su dinero a una mujer honesta y limpia, la que iba a ser mi mujer.

—Era mi única arma para competir con usted —gruñó el millonario—. Yo no podía ofrecerle juventud ni matrimonio. Soy casado y bastante mayor para una mujer como Gale. Pero fracasé. Lo importante es lo que ella hizo, no mis intenciones. Me rechazó de plano, sin escandalizarse por mi oferta. A fin de cuentas, dijo, estaba en mi derecho al intentarlo.

—¿Y eso no era una vil grosería también? Gale no era una ramera, sino una dama.

—Yo, señor Kelly, no ofrezco dinero a las ramera —se irritó Bishop—. Me sobran muchachas ávidas de prosperar que me ofrecen sus cuerpos. Y a veces los rechazo. No soy un crápula ni un desvergonzado aunque lo piense. Mi esposa, Stella, no ha sido nunca humillada por alguna aventura mía escandalosa. Pero conocí a Gale McNormand con motivo de una exposición de arte moderno, y quedé cautivado por ella. Era una mujer tan admirable, de tan amplio criterio, que no se escandalizó ni me reprochó nada. Sencillamente, dijo que ella no quería fortuna, sino amor. Y que tenía ya un hombre a quien amaba. Le confieso que lo intenté todo. Y en todo fracasé. Como usted dice, ella era una dama. Pero yo nunca lo puse en duda. Si ella hubiera aceptado mi oferta, hubiese sido tan respetada como mi propia esposa. Y jamás nadie hubiera sabido nada de todo ello. Pero no podía ser, y acepté mi derrota.

—Sin embargo, ella iba a visitarle ese día, a las siete de la tarde. Usted tenía que saberlo...

—Claro que lo sabía. Gale me llamó personalmente para concertar esta cita. Dijo que se trataba de algo muy importante en su vida, pero que llamaba al amigo, no al hombre. Yo entendí. Le dije que estaba a su disposición para lo que necesitara, sin pedir nada a cambio, sin la menor intención torcida. Y era verdad.

Kelly dudó, pero siguió insistiendo:

—¿De modo que no la vio ese día?

—No. No vino a la cita. Ahora creo saber por qué. Sin duda alguien la llevó a aquel horrible lugar donde apareció muerta. O acudió allí a ver a otra persona que resultó ser un asesino.

—¿Le dijo ella para qué quería verle? —indagó Kelly, eludiendo ese tema.

—Me lo dio entender. Estaba en un grave apuro. Había solicitado ayuda económica a unos prestamistas de la mafia. Yo sabía de sus problemas financieros, pero no que tuviesen un cariz tan peligroso. Me apresuré a decirle que no tuviera preocupación, que yo la sacaría del dilema gustosamente.

—¿Lo hubiera hecho realmente?

—Sí —afirmó él, rotundo, clavando sus ojos en su visitante con arrogancia.

—¿A cambio de nada?

—A cambio de nada —sonrió, algo despectivo—. Señor Kelly, no soy ningún ogro. No acostumbro a atacar a las chicas salvajemente, y dudo que Gale me hubiera permitido la menor libertad con ella.

—La deuda era muy alta, señor Bishop.

—Lo supongo. La mafia no le mete a uno en problemas por un asunto de nada. Fuese cual fuese esa deuda, se hubiera librado de ella esa misma tarde. Sin agobios en la devolución del dinero, ni intereses, ni nada parecido.

—Parece usted un auténtico Santa Claus —comentó sarcástico Kelly.

—Depende de la persona que pide mi ayuda, señor Kelly —manifestó el financiero con sequedad—. Por Gale hubiese hecho lo que fuese. ¿Usted no?

Kelly no dijo nada. Su ira empezaba a aplacarse. A fin de cuentas, Bishop tenía parte de razón. Era muy dueño de utilizar sus

armas para alcanzar un objetivo propuesto. Otra cosa era que lo consiguiese. No estaban en el siglo XIX, después de todo.

—Bien —murmuró, moviendo la cabeza y poniéndose en pie—. Creo que no tenemos más que hablar, señor Bishop. Buscaba una pista que me condujera al crimen. Y sigo sin dar con ella...

—¿Por qué no deja que sea la policía quien haga todo esto?

—Porque quiero encontrar al asesino antes que ellos.

—No me gusta como dice eso. ¿Qué proyecta? ¿Convertirse también en un asesino?

—Será una muerte justificada, no lo dude. Y no me importará cómo lo llamen. Pero el que mató a Gale, morirá a mis manos. Lo juro, señor Bishop. Buenas tardes, y gracias.

Le respondió vagamente unas palabras corteses de despedida y Kelly dejó la moderna oficina, recién abierta por lo que se veía. Tal vez por eso Gale había pensado en ir allí. Era más discreto, sin duda, buscar en esa pequeña y nueva oficina de inversiones a Coleman Bishop, que en su edificio de la Quinta Avenida.

Pero Gale nunca había visto ya a Bishop. Según él, no acudió a la cita.

No es que Kelly admitiera todo lo que le dijeran a pies juntillas. Pero si Bishop mentía, es que era él quien asesinó a Gale.

CAPÍTULO VI

Era un lugar realmente sucio y maloliente.

El East River corría cerca, turbio y fétido, con una espesa capa de grasas y de desperdicios flotando en su superficie. Remolcadores y barcasas pasaban ante los muelles repletos de fardos de carga y descarga, y los tinglados y almacenes alternaban con las grúas y los vehículos de transporte.

El aire tenía una mezcla de olores indefinibles pero casi todos ellos desagradables. La gente que se movía en derredor tenía el aspecto tosco de los que trabajaban en pesadas tareas portuarias, y los garfios de abordaje y los recios guantes de cuero, eran sus prendas habituales para manipular los pesados fardos.

Ninguno le hizo caso en especial mientras deambulaba por los alrededores del desierto almacén donde tuviera lugar el crimen. Había pertenecido a una compañía de transportes, pero según le dijeron esa entidad había quebrado en su día, y el almacén estaba en desuso, hasta que fuesen reparados los daños de su techumbre y arreglados los cierres metálicos, abombados o saltados en sus portalones, a causa de los pilludos que asaltaban tales recintos en los muelles, en busca de algo aprovechable.

Unas cuantas bombillas amarillentas, colgadas demasiado altas para poder ser robadas por los saqueadores, podían ser accionadas desde un interruptor viejo, milagrosamente sano todavía, o desde unos cables sueltos los que bastaba unir entre sí para dar luz eléctrica, bastante débil por cierto, a aquel siniestro recinto abovedado, húmedo y sombrío.

Aún era visible en el suelo el rastro de tiza que silueteaba un cuerpo femenino. Kelly se estremeció, y tuvo que apoyarse en un muro desconchado y sucio, pintado con frases soeces, sintiendo agolparse las lágrimas a sus ojos.

—Gale... Oh, Gale, cariño... —susurró amargamente—. Pensar

que aquí pasaste los últimos instantes de tu vida, frente a ese maldito asesino sin conciencia...

Se apartó del diseño lúgubre de aquel cuerpo femenino sin vida, y recorrió el lugar sin saber exactamente por qué había ido allí. Era ya noche cerrada fuera, los trabajadores portuarios se habían ausentado, y él era el único que permanecía ahora en la zona, reviviendo el escenario de la tragedia que había roto su vida.

Evocó mentalmente a Gale. Con sus rojos cabellos, sus ojos entre verdes y pardos, jaspeados, llenos de vida y de dulzura, sus labios carnosos, golosos y apasionados, su tersa piel suave, cuerpo cimbreado, adorable y sensual, pero siempre distinguido, siempre elegante, siempre discreto, sin pretender ser llamativo ni agresivo.

Gale, la muchacha que iba a ser su esposa... Y ahora yacía bajo unos palmos de tierra, en un lujoso ataúd. Y alguien, un maldito y sucio bastardo, seguía libre, vivo, gozando del mundo y de la mayor impunidad en alguna parte de aquella letrina de asfalto que era la gran ciudad, pensó Kelly amargamente, con una rabia inmensa, que crispaba su único puño útil, y llegaba a hinchar las venas de sus sienes intensamente.

Tal vez por todo ello, el leve ruido en el exterior, más allá del reventado cierre metálico, que colgaba inútil, arrancado de sus raíles y abombado por la fractura violenta, no llegó a sus oídos. Estaba demasiado absorto en sus recuerdos, amargos y dolorosos.

Bajo la farola cercana, que emitía un cono de difusa luz blanzuca sobre el suelo húmedo y sucio del muelle, se deslizó una sombra fugaz, furtiva, pegada a un muro. Unos ojos cautelosos y fríos estudiaron la figura de Damon Kelly, desde detrás de un sombrero negro y una bufanda subida hasta el puente de la nariz. El cuerpo del sigiloso merodeador se cubría totalmente con una gabardina oscura, muy larga y flotante.

La mano que se hundió en el bolsillo de esa gabardina, emergió esgrimiendo con los enguantados dedos un objeto que centelleó a la luz lechosa de la farola.

Era una navaja automática, ya abierta para no producir el ruido inevitable del chasquido de su resorte. La empuñó por la hoja, con firmeza. Luego la alzó y apuntó hacia la espalda de Kelly, bien visible ante él, y ofreciendo un perfecto blanco a una persona con buen tino en el lanzamiento de cuchillos.

Kelly hubiera recibido inexorablemente la acerada hoja en su ancha espalda, con mortíferas consecuencias, dada la fuerza, precisión y buen tino dado al lanzamiento por el agresor, así como por la respetable longitud del arma utilizada, cuya hoja de acero hubiese penetrado en el cuerpo de la víctima muy profundamente.

Pero en ese preciso momento, el pie del tirador hizo resbalar unas piedrecitas del umbral del destartelado almacén, en el momento de tomar su impulso inicial en el lanzamiento.

El arma salido disparada, con ruido silbante, pero ya Kelly, sobresaltado, había girado la cabeza, atraído por el rodar de las piedrecitas por la rampa de entrada al almacén.

Emitió un grito ronco, colérico, y se dejó caer de bruces en tierra. Notó el silbido del arma, rozando su cuello, y la hoja desgarró parte de su chaqueta en el hombro, haciendo asomar la guata, tal fue la potencia del lanzamiento. El arma rebotó con un áspero maullido en el muro, cayendo a tierra.

—¡Maldito asesino! —rugió Kelly, exaltado, clavando sus dilatados ojos furiosos en la sombría figura agazapada fuera, recortándose contra la luz de la farola—. ¡Has vuelto al escenario del crimen, hijo de perra! ¡Te mataré, lo juro! ¡Te mataré con mis propias manos!

Kelly se precipitó hacia él, incorporándose con alguna dificultad por culpa de la inmovilidad de su brazo izquierdo.

El atacante, rápido, corría ya hacia las sombras de los muelles, batiéndose en retirada. Era una figura veloz, ágil y llena de energías. Pero Damon era joven, fuerte, vigoroso y habituado a correr por la jungla. No vaciló en lanzarse en pos de su enemigo, evocando los métodos en que allá en Vietnam, se precipitaba a través de la densa jungla poblada de mosquitos y reptiles, para dar caza a los vietcongs emboscados en la espesura.

Sólo que ahora no tenía su fusil ametrallador, no poseía un arma siquiera para abatir a aquel canalla anónimo que intentó asesinarle. Aun así, estaba seguro de darle alcance. Y si era así, no necesitaría a nadie. Ni policía ni ambulancias. Todo lo más, un furgón para la Morgue. Mataría al hombre, si era el asesino de Gale. Y podía apostar por esa posibilidad incluso su brazo sano, sin temor a perderlo.

Vislumbró la silueta furtiva, recortándose entre dos almacenes,

contra la luz blancuzca de una farola distante. Trató de acelerar su carrera, y lo consiguió. Había advertido también la sombra sólida de un automóvil aparcado junto a un tinglado portuario. El asesino había venido en coche. Podía escapársele de las manos, porque él había llegado hasta allí en un autobús. Y no tenía vehículo para perseguirle si ponía en marcha su automóvil.

Juró entre dientes, y un rápido cálculo mental le dijo que, pese a todo, alcanzaría a su asaltante antes de que pudiera dar él alcance al coche. Eso podía ser cierto, pero Damon no contó con un imprevisto.

De repente, viéndose casi alcanzado por su temible enemigo, el hombre del sombrero y la bufanda se paró en seco y giró sobre sus talones. Esta vez, Damon no tuvo tiempo de tirarse al suelo. Fue sorprendido en plena carrera, víctima de su propia ira.

Desde la mano enguantada del otro llameó un arma de fuego dos veces. Kelly lanzó un gruñido ronco cuando una bala silbó junto a su cabeza, y la otra se clavó en su cuerpo, justamente sobre el hombro izquierdo, no lejos del corazón.

Sus pies trastabillaron, notó un fuego abrasador y doloroso en su pecho, y todo osciló en torno suyo. Tambaleante, aferró con una mano su brazo herido. Los dedos se le empaparon de sangre y ésta corrió por su chaqueta.

Aun así, pudo correr unas yardas más, maldiciendo entre dientes, sintiendo que las fuerzas le abandonaban. Algo superior a su propia energía le empujaba, le movía hacia el odiado enemigo.

Éste se asustó. Creyó no haber alcanzado a su víctima, y disparó de nuevo, pero alocadamente, por fortuna para Kelly. La tercera bala silbó muy lejos de él. Tan precipitadamente actuó su adversario, que golpeó fuertemente contra una esquina, y juró con voz ronca de ira al perder su pistola, que escapó de sus dedos, golpeando el suelo y rodando por un desnivel. No trató de recuperarla. Kelly aún se movía, en un titánico esfuerzo de voluntad, aunque una nube rojiza velaba sus ojos y perdía por momentos la capacidad de mantenerse en pie.

El misterioso agresor penetró en el coche y el motor de éste roncó. Se alejó a toda velocidad, perdiéndose pronto entre los edificios. Kelly había perdido definitivamente la ocasión de darle caza.

Todavía tambaleante, avanzó Kelly unos pasos, de forma milagrosa casi. Sus ojos, como hipnotizados, contemplaban la pistola automática, una

Smith &

Benson calibre 38, negra y lustrosa Cayó de rodillas. Con sus últimas fuerzas, el joven exsoldado tomó el arma, la envolvió en unos papeles de estraza de los usados para embalajes, que flotaban por el suelo lleno de desperdicios, y arrojó la pistola por las rendijas de hierro de una especie de alcantarilla o sumidero que conducía a los desagües de la zona portuaria, hacia el río. La vio caer y golpear en un saliente de cemento, donde se quedó detenida.

Kelly resopló, dejándose caer pesadamente, cada vez con mayor hemorragia. Sus labios apenas si pudieron modular unas pocas palabras.

—Juro..., juro que volveré a recogerla de ahí si salgo con vida y no se la llevan las aguas residuales... Y juro que lo mataré con su propia arma, maldito y sucio bastardo asesino.

Luego, gritó, intentando que alguien le oyera, y cayó de bruces, sin sentido, sobre un charco de agua fétida. En la distancia, sonaba una sirena policial inmediatamente. Alguien había informado a la patrulla de la existencia de unos disparos en los muelles, sin duda alguna.

—De modo que no iba a volver nunca más por aquí, ¿eh, sargento?

Kelly miró entre irritado y filosófico a la atractiva señorita Newman, la enfermera del Centro Médico, Pabellón Militar, y meneó la cabeza, resignado.

—Tiene usted razón. Nunca más diré algo así, enfermera Newman. ¿Cómo diablos iba a pensar que un tipo podría meterme a mí una bala en el cuerpo?

—Ya le dije que la ciudad es también mala, que no podía esperar demasiado de ella —suspiró la enfermera con gesto más serio—. De veras lamento volver a verle, sargento Kelly, al ser por estos motivos...

—Gracias, enfermera Newman —sonrió al fin Kelly—. Pero, por Dios, olvide lo de sargento.

—Perdone el lapso. Es la fuerza de la costumbre. Ya sabe que

aquí sólo nos envían soldados. Han ingresado muchos más, procedentes del Vietnam, mientras usted estaba fuera.

—Lo imagino —se ensombreció el rostro de Damon—. ¿Tengo que permanecer mucho tiempo aquí esta vez?

—Eso lo dirá el doctor. Pero, por fortuna, la herida no es seria. Perdió mucha sangre, eso sí. Por fortuna, el proyectil cruzó su cuerpo sin interesar el hueso. Mi impresión personal es que en cosa de una semana volverá a la calle, con todas sus consecuencias.

—Gracias, enfermera. Sé a qué consecuencias se refiere —y se tocó el hombro vendado, por encima de su brazo inerte—. Hay mucha rata suelta por esas calles...

—Hablando de otras cosas, señor Kelly. Tiene numerosas visitas esperando ahí fuera.

¿Quiere verlas a todas? Puede concederles diez minutos con autorización médica, pero tendrá que ser a todos a la vez.

—¿Quiénes son?

La enfermera Newman leyó unos apuntes que sacó de su bolsillo del uniforme.

—Teniente Pearson, de Homicidios. El reverendo Bradford, la señorita Claire Corey y los señores Howard York y Morgan Wayne. Como ve, hay de todo...

—Está bien —suspiró Kelly—. Que pasen, por favor...

Entraron los cinco visitantes. Damon los contempló. Son rió suavemente a Claire, que se acercó impulsiva a él, inclinándose a besar su mejilla, y dirigió un saludo a los cuatro hombres.

—Bienvenidos —dijo con cierta ironía—. Perdonen que no les ofrezca unas copas, amigos, pero lo prohíbe el reglamento del hospital...

—Usted siempre de buen humor, ¿eh, Kelly? —rezongó el oficial de policía—. Ahora podría estar muerto, como su prometida. ¿Qué diablos fue a hacer anoche a aquel lugar de los muelles de Brooklyn?

—Buscar indicios, teniente —confesó Damon—. ¿Es un delito?

—Está interfiriéndose en la labor de la policía, y eso es ilegal. Pero lo peor es que pudieron haberle matado fácilmente. ¿Pudo identificar a su agresor?

—Cielos, claro que no. Llevaba sombrero, bufanda, un sobretodo largo y ancho... No podría siquiera asegurar si era hombre o mujer.

Pero manejaba bien la pistola y sobre todo el cuchillo. Me arrojó una navaja y si no lo advierto a tiempo, me deja seco.

—Hemos encontrado la navaja —gruñó el policía—. Igual a la que mató a su prometida. Se pueden adquirir en cualquier tienda de la ciudad. Sin una huella, claro. Pero no dimos con pistola alguna. El asesino debió llevársela consigo, naturalmente.

Kelly no dijo nada. Se mordió el labio inferior, asintiendo, y dirigió una ojeada de soslayo a sus visitantes. York le dirigió una sonrisa cordial.

—Hola, Kelly —saludó el pintor—. ¿Seguro que no fue algún tipo amigo de Rocco o de sus gorilas? No creo que le hayan perdonado lo de la galería...

—Seguro que no —rió Kelly alegremente—. Pero dudo que fuese un pistolero profesional. Juraría que se trataba del asesino de Gale McNormand en persona.

—Cielos... —terció con voz alterada Morgan Wayne, el amigo de la infancia de Gale, y compañero suyo de estudios en la universidad. Su rostro afilado, bajo el cabello muy rubio y erizado, mostró alarma y cierto temor—. ¿No estás corriendo demasiados riesgos por ahí, Kelly?

Damon miró al amigo de Gale. Había tratado a veces con él. Sabía que era un muchacho serio, retraído, dedicado a los negocios del espectáculo en la actualidad, tal y como hiciera en otros tiempos su padre, un conocido representante de grandes artistas teatrales y cinematográficos. Últimamente, Gale y él no tenían ya demasiado contacto. Ella misma se lo había dicho. Sin embargo, observó que llevaba un botón negro en su solapa, como señal de luto. Kelly estuvo seguro que ese luto era por Gale.

—Es posible, Morgan —admitió—. Pero me he habituado al riesgo. Formó parte de mi vida en estos últimos meses. Cuando se prueba el sabor de la violencia, es difícil ya dejar de saborearla...

—No hables así, hermano Damon —le reprochó vivamente el padre Bradford—. La violencia es lo peor de la especie humana, algo que debemos desterrar definitivamente entre todos. Sólo así alcanzaremos el camino de la perfección y de la verdadera fe...

—Padre, trate de decirle eso al que mató a Gale, y verá su respuesta —replicó acremente Kelly—. Me gustaría un mundo sin violencias, pero eso no depende de mí. Mientras los demás la

practiquen, será imposible convivir de modo pacífico.

—Rezo porque ello sea posible —suspiró el religioso gravemente, dejando sobre la mesilla de Kelly una tosca pero significativa cruz de madera con una inscripción bíblica y el nombre de su secta religiosa—. He venido para rezar también por ti y para obsequiarte con este crucifijo, que espero te ayude en todo y preserve tu persona, hermano. Aquel que fue amado por Gale McNormand, ha de ser forzosamente amado por mí.

—Gracias, reverendo Bradford —suspiró Kelly, agradecido por el detalle. Luego, sus ojos se encontraron con la mirada afectuosa de Claire, y se dibujó una sonrisa en sus labios—. Claire, ¿todo va bien?

—Sí, desde luego —en sus ojos había una nota ensombrecida—. Damon, no sabía que la situación de Gale fuese tan difícil..., ni tampoco la de los McNormand en general.

—Yo tampoco —dijo el herido—. Ya ves lo que son las cosas; y eso que, según Clint y Helen, yo era el advenedizo cazador de dotes...

—En cierto modo, es como un castigo. Pero lo siento por cuanto sufrió Gale. ¿Crees que esos gangsters la mataron? Vi lo de la galería, y me asusté mucho...

—Sí, estuvo algo movida la cosa. —Damon meneó la cabeza de un lado a otro—. Pero dudo mucho que fuese obra de Rocco. Los tipos de su calaña no matan a su cliente hasta estar absolutamente seguros de que no van a cobrar en modo alguno. Y Gale tenía una solución para su problema, aunque no fuese de su gusto.

—¿De veras? —se extrañó York—. ¿Has sabido a quién iba a recurrir ella?

—Sí —afirmó gravemente Kelly—. Lo he descubierto, Howard.

—Un momento, Kelly —interrumpió bruscamente el teniente Pearson—. Me debe esa información que ha obtenido de su propia cuenta. Y espero que sea la última en que se anticipa a nosotros.

—Eso dependerá, teniente, de lo deprisa que ustedes vayan en sus investigaciones —se irritó Kelly—. Luego le contaré todo al respecto, si tanto le interesa. Pero ese aspecto del asunto no creo que tenga nada que ver con su asesinato.

—Eso debemos juzgarlo nosotros, no usted —se expresó desabridamente el policía—. Por favor, señores, salgan todos de

aquí ahora. Sólo dispongo de dos minutos para que el señor Kelly me informe de cuánto necesito saber. Los médicos no demoran el tiempo que conceden para visitar a sus pacientes.

Fueron saliendo todos, uno tras otro. Damon les despidió con un gesto de cansancio. Claire fue la última en salir, precedida por el rubio Wayne. Ambos jóvenes se miraron con afecto y simpatía.

—Volveré a verte, Damon —dijo Claire dulcemente.

—Te estaré esperando —suspiró Kelly—. Fuiste la mejor amiga de Gale. Sólo el saber eso me hace sentir un gran placer al verte, Claire querida...

Ella no dijo nada. Se mordió el labio inferior, como si quisiera contener alguna palabra inoportuna, pestañeó rápida, y salió de la estancia en pos de los demás.

—Muy bien, Kelly —dijo abruptamente el teniente Pearson, cuando ambos hombres se quedaron solos—. Ahora, suélteme en dos minutos todo cuanto hizo ayer por la tarde, hasta el momento de ser agredido en los muelles, sin omitir detalle alguno.

Pacientemente, Damon comenzó su relato, sabiendo que no tenía otra opción.

CAPÍTULO VII

Habían transcurrido ya seis días desde entonces.

Tuvo que comprobar minuciosamente que no era vigilado en su camino hasta los muelles de Brooklyn. Y pronto se dio cuenta de que, efectivamente, alguien lo seguía muy de cerca. Dos hombres en un coche oscuro y discreto. No tenían aspecto de rufianes a sueldo de Vic Rocco. Ni de asesinos capaces de matar a una mujer indefensa. Por lo tanto, tenían que ser policías. Gente del teniente Pearson.

Puso en práctica toda su astucia para burlarles. Lo logró después de cambiar tres veces de taxi y usar dos establecimientos de doble puerta. Damon Kelly sonrió, al advertir que no había ya el menor rastro de sus seguidores en cuanto abarcaba la vista.

Entonces tomó otro taxi hasta Brooklyn y, desde donde lo abandonó, siguió su viaje a pie hasta los muelles. No le costó encontrar el escenario de su enfrentamiento al misterioso criminal. Encontró también el sumidero. Allí estaba, aunque muy mojado y sucio, el papel embalado envolviendo la pistola. La guardó rápidamente, con un hondo suspiro de complacencia, y se alejó del lugar con celeridad.

Ya estaba armado. La automática calibre 38 del asesino estaba en su poder. Una especie de morbosa complacencia por la posesión del arma de su más odiado adversario, le invadía ahora como una desconocida excitación.

Se alejó, de regreso a Manhattan. Sin embargo, algo en determinado momento, mientras el taxi le conducía por Manhattan Bridge, le hizo girar la cabeza.

Arrugó el ceño. Un coche rodaba tras ellos, lo cual no tenía nada de particular en una vía urbana tan concurrida. Pero estaba seguro de haberlo visto antes, en las proximidades de la zona donde ocultara la pistola, aparcado ante un almacén portuario.

El individuo que conducía llevaba unas enormes gafas de sol y una gorra deportiva, encasquetada hasta las cejas. La prolongada visera, como las de béisbol, daba sombra a su rostro. El cristal del automóvil era oscuro desde el exterior, eso dificultaba su identificación. Sin embargo, Kelly tuvo la impresión de que había algo familiar en aquel tipo.

Maldijo el hecho de que llevara el parabrisas de color, dificultando la visión de su conductor, pero sin duda no era ninguna casualidad. Se inclinó hacia el taxista.

—Sospecho que nos siguen —dijo, depositando en la mano del conductor un billete de veinte dólares—. Trate de burlarle, amigo, pero de modo que no lo perdamos de vista.

—Eso es difícil —confesó el taxista—. Podríamos hacerlo ponernos detrás de él, para seguirle a nuestra vez, después e burlado. Pero sin duda habrá memorizado la matrícula del taxi y su número de control. Nos descubriría.

—Cierto. Pero no me basta con perderlo. Quiero seguirle a mi vez.

—Haremos una cosa, señor —dijo el taxista, tras una breve reflexión—. Tengo un compañero que a esta hora hace el relevo de su taxi en cierto bar de la Calle Ciento dos. Podríamos ir allí, usted cambia de taxi sin que lo advierta su seguidor, y cuando se marche de allí, burlado, usted lo sigue con el otro taxi, que procuraremos que él no vea.

¿Qué tal la idea?

—Excelente. ¿Cree que su amigo colaborará?

—Desde luego —rió el taxista—. Voy a llamarle por el radioteléfono de la compañía de taxímetros. Si atiende la llamada, es cosa hecha.

Tuvieron suerte. El otro taxista atendió la llamada. Sí, estaba en el bar en cuestión. No sería difícil arreglar las cosas. Ultimaron los detalles.

Y así se hizo.

Damon Kelly fue conducido a ese bar por su taxista. Éste se quedó fuera, esperando. No había ni un taxi en la entrada. Kelly entró. En la barra esperaba otro taxista uniformado. Le hizo un gesto señalándole la puerta trasera. Kelly lo siguió. En un callejón con numerosos cubos de desperdicios aguardaba otro taxi. Subió a

él, dándole al taxista otros veinte dólares que el hombre se guardó con celeridad. Saliera de allí sin prisas, y el taxista aparcó al otro lado de la calle en una esquina. El coche de parabrisas color humo estaba detenido a pocas yardas, vigilando al taxi inicial.

Éste, de pronto, se puso en marcha con rapidez. El seguidor pareció desconcertado. Condujo hasta la puerta del bar. No intentó seguir al taxi vacío. Se había dado cuenta del engaño. Arranco con toda rapidez. Ni siquiera se fijó en que otro taxi, inmediatamente, se ponía tras él, mezclándose con el resto del tráfico.

—¿Lo ve? —rió el taxista—. Ha sido muy fácil, señor. ¿Le seguimos todo el rato?

—Sí, por favor. —Damon se ocultó el rostro tras un periódico abierto—. Sígalo sin que él se dé cuenta.

—Descuide. Un taxi es igual a otro taxi. Y hay muchos a estas horas que empiezan los espectáculos de la tarde. No va a ser nada complicado, seguro.

No lo fue. En ningún momento el coche perseguido advirtió la presencia de un determinado taxi en pos suyo, confundido con el resto del tráfico rodado.

Oscurció en Manhattan, sin que la sorda persecución cesara. El taxímetro corría con rapidez, pero eso no le preocupaba a Damon. Súbitamente, el coche del parabrisas oscuro se detuvo en una zona bañada con una luz roja, parpadeante. La puerta de un discreto club aparecía bajo una marquesina entoldada también de rojo. Un portero uniformado guardaba la puerta. Damon leyó las letras que pestañeaban en la tarde.

EROS. CLUB PRIVADO

Era toda una expresión. Nombre significativo y local significativo. Su seguidor era persona dada a ciertos placeres de la carne. Le vio descender del coche, tras aparcar éste en la zona reservada para ello. El portero le saludó deferente, recogió algo que él puso en su mano, sin duda una generosa propina. Aquél no era nuevo allí.

—Cielos, si fuese el criminal... —jadeó Kelly, pagando al taxista el importe de la carrera, con otra propina muy respetable por el buen servicio prestado—. Ya lo tendría en mis manos, maldito sea...

Bajó del taxi, encaminándose a la puerta del club. Estaba

decidido, de una vez por todas, a poner claro el enigma, Y ése era el momento adecuado, pensó con una belicosidad latente que estaba ansiosa por estallar de algún modo. La ira por sentirse vigilado, perseguido, acosado, le había proporcionado ahora una fría pero inexorable determinación.

Llegó ante el portero. Éste le miró con cierta frialdad, Alzó una mano.

—Lo lamento, señor —dijo—. Es un club privado. No puede entrar por sí solo.

—Siempre tiene que haber una primera visita para hacerse socio —sonrió Kelly con displicencia, poniendo en la mano del portero hasta cuatro billetes de veinte dólares—. ¿A quién debo dirigirme para obtener el título de socio?

—Oh, eso es diferente, señor —los billetes desaparecieron rápidamente bajo el uniforme—. Pregunte por el señor Vittorio. Renzo Vittorio. Es el dueño del local. Seguro que no habrá inconveniente en hacerle socio..., si tiene quinientos dólares para pagar la cuota de entrada.

Damon mostró, por toda respuesta, un rollo de billetes de cien, y puso uno en la mano del portero, que lo miró fascinado, guardándolo veloz con los demás. Le abrió la puerta, quitándose la gorra incluso.

—Adentro, señor —invitó—. Los caballeros como usted son siempre bienvenidos al Club Eros.

Damon sonrió, entrando en el establecimiento. Tras la roja cortina de una breve antesala con guardarropa, aparecía una estrecha escalera descendente, con moqueta escarlata, hacia un lugar alargado, oscuro, salpicado de luces rojizas y con discretos rincones para las parejas. Un misterio estereofónico, a tono suave, emitía música ambiental. Sobre una pantalla, se proyectaban películas porno en versión muda.

Todo un edificante lugar, pensó Damon acomodándose en el extremo de la barra, con la cabeza baja, a lo largo del mostrador. Ninguno le recordó al tipo de las gafas oscuras y la gorra deportiva.

—Acaba de entrar un amigo mío —dijo al barman, cuando acudió a atenderle. Puso sobre el mostrador otro billete de cien dólares—. Quisiera reunirme con él. ¿Sabe dónde se ha metido?

—Si no está en la barra, ya puede suponer dónde está —rió,

guiñando un ojo—. Yo que usted no iría a interrumpirle ahora. Está acompañado. Creo que se reunió con su pareja allí, en la mesa número diez... ¿Qué va a tomar?

—*Whisky* —dijo Damon, pensativo—. *Bourbon*, por favor.

El barman se alejó. Regresó con la bebida, cobró y Damon le dio una propina fastuosa, casi tanto como valía la consumición. El hombre le miró, intrigado.

—Usted no es socio del club —dijo—. Nunca le vi por aquí...

—No lo soy —negó Kelly—. Sólo soy amigo de Vittorio.

—Oh, entiendo —se mostró deferente ahora. Señaló el interior de la sala—. Su otro amigo si es socio. Viene a menudo por este local. Pero perdone que le diga que no me cae nada bien. Y la fulana con la que se reúne aquí no es nada recomendable. En fin, no es asunto mío, pero ya que usted es amigo de él y del patrón, podría decirle que no traiga por aquí a mujeres así. Es posible que eso le cueste la baja como socio si Vittorio se entera...

—Ya. ¿Qué clase de fulana es ella, concretamente?

—Una furcia de la peor clase, amigo —confesó el barman, inclinándose hacia él—. Las chicas que vienen por aquí son distintas. No sé en qué piensa ese chico amigo suyo para juntarse con tal clase de mujerzuela...

—Le aconsejaré sobre eso, descuide —asintió Kelly, apartándose de la barra con su *bourbon* en la mano—. Voy a ver a Vittorio un momento.

Se alejó del bar, hacia el interior de la sala. Sus ojos se habituaron a la rojiza penumbra.

En la pantalla, una escena lésbica atraía la relativa atención de los clientes sin pareja, que eran escasos.

Observó las placas numeradas de cada mesa, mientras desfilaba ante ellas, indiferente. El número de cada una era visible ahora, una vez acostumbrado a la escasa luz del club, Damon buscó la número diez, concretamente.

La mayoría de las mujeres allí presentes, no eran ciertamente vírgenes ni santas. Pero tenían aspecto de rameritas de lujo, algunas de ellas bastante jóvenes. De repente, vio a una mujer distinta. Supo que aquélla era la mesa número diez. El barman tenía razón. Se trataba de una rubia llamativa, opulenta, muy maquillada, agresiva y sensual, cuyas piernas macizas aparecían cruzadas, mostrando sus

mallas color negro hasta los recios muslos blancos. Los ojos, de un verde oscuro, aparecían velados por pestañas postizas muy exageradas. Ciertamente, desentonaba bastante allí, pero eso no parecía importarle demasiado.

Reía alegremente, aferrada a la mano de su compañero. Damon buscó a éste con la mirada. Lanzó una sorda imprecación de asombro al reconocerle.

Era Clint McNormand, el hermano de Gale.

También él le había visto.

Ambos se quedaron mirándose por unos segundos, y la sorpresa del joven Clint demostró ser mucho mayor que la del propio Kelly.

Palideció intensamente y se puso en pie de un salto, derribando su copa. La mujer dejó de sonreír dirigiéndole una mirada de extrañeza.

—¡Kelly! —jadeó roncamente Clint, demudado—. Maldita sea, tú aquí...

—De modo que eras tú, ¿eh? —Silabeó Damon, avanzando en dirección a la mesa diez, como una flecha—. Tú, el maldito bastardo que me perseguía hoy...

—Deja que te explique. Yo... —Trató de justificarse el hermano de Gale, adelantando sus brazos, asustado aún sin duda por la paliza recibida la semana anterior a manos de quien hubiera sido su cuñado de seguir Gale con vida.

—No hay nada que explicar, cerdo —rezongó Kelly, mirándole con desprecio—. Si no fuera porque eres el hermano de ella, pensaría que tú le mataste... Contarás a la policía lo que hacías hoy en el muelle y siguiéndome por la ciudad. En marcha.

—Pero ¿quién es este hombre, querido? —dijo la fulana con voz grave—. Parece bastante grosero...

—Usted métase en sus asuntos —replicó Damon agriamente, mirando a la mujer—. Éste es problema nuestro. En marcha, Clint. Vamos a ver los dos al teniente Pearson.

—No, Damon, no iré contigo a ninguna parte —jadeó asustado el hermano de Gale.

—¿Ah, no? —Damon le soltó inesperadamente un seco golpe con su zurda, alcanzándole en el hígado. Clint boqueó, doblándose con la boca abierta en busca de aire, puso un gesto convulso y estuvo a punto de caer. Damon lo sujetó con su única mano útil, por

las solapas, manteniéndolo en vilo como si fuese un monigote. La mujer gritó algo entre dientes, incorporándose, y las parejas alrededor empezaron a alarmarse. Dos camareros fueron hacia la escena del incidente.

—Por favor, salgan inmediatamente del local —ordenó un camarero secamente—. No nos obliguen a emplear otros métodos. La empresa no quiere peleas aquí, ¿está claro?

—Oh, claro —rió entre dientes Damon con gesto despectivo—. Estoy deseando continuar la charla fuera del club, amigos. Ya nos vamos.

Se encaminó a la salida en medio de general expectación, llevándose en volandas al medio inconsciente Clint McNormand. La mujer que acompañaba a éste partió veloz tras, éstos.

Salieron a la calle, ante la sorpresa del portero. Damon zarandeo a su presa, haciéndole recuperar la consciencia total. Clint le miró angustiado.

—Damon, por el amor de Dios —gimió asustado—. No le pegues. No más, te lo ruego. No hay nada malo en que siguiera hoy. Es que he llegado a pensar que tú..., que tú has mentido a la policía y a todos..., que tú pudiste matar. Gale... escapando unas horas del hospital, sin ser visto..., ira así tener una coartada a toda prueba...

—Maldito hijo de perra, ¿cómo puedes pensar algo así? No creo que sea la explicación de lo que hiciste hoy. De modo que confiesa todo o te...

—¡Juro que es la pura verdad, Damon! —sollozó Clint, convulso—. ¡Lo juro por la memoria de Gale, por mi difunta madre, si quieres! ¡Te odiaba mucho y quería creer que tú eras el único que pudo matar a Gale, al saber que ella estaba arruinada!

Kelly le miró colérico. No quería creerlo, pero parecía estar diciendo la verdad. Aquella rata, pensó, lo creía a él capaz de matar a su hermana por codicia burlada. Una idea repugnante, sólo posible en una mente retorcida como la del joven McNormand.

—Y lo malo es que quizá dices la verdad, bastardo asqueroso... —jadeó.

—¡La digo, la digo! —gimió Clint—. Puedo repetirlo todo ante la policía, ante quien sea...

—Vete, cerdo. Vete donde no te vea —le soltó de un empujón, y Clint fue dando tumbos por el asfalto, golpeándose contra un muro

y sin dejar de sollozar.

Corrió a su coche, subió a él y arrancó veloz de allí. Damon le vio partir, con el rostro endurecido, los ojos centelleantes. Tenía crispado su único puño sano.

—No sé si hago bien en dejarte ir —masculló—. Pero sé dónde encontrarte si me has mentido...

Notó un roce suave en su hombro. Se volvió. Casi se había olvidado por completo de la mujer. La miró, pensativo. La mano enguantada de ésta, con un guante de larga manopla, se apoyaba en él, insinuante. Los labios brillantes de *rouge* le sonreían mimosos.

—Me gustas —dijo ron voz ronroneante—. Eres fuerte y varonil, querido. Ese muchacho es un desdichado, un pelele. ¿Vamos a alguna parte ahora tú y yo?

—No —negó secamente Damon—. No me divierten estas cosas ahora.

—¿Qué te pasa? —rió sardónica la hembra—. ¿No te gustan las chicas?

—No es eso. No me siento con ánimos para nada. Vete. Y otra vez, elige mejor a tu acompañante. Pero no frecuentes ese club. No eres bien vista ahí.

—Vaya, eso tiene gracia —soltó una carcajada burlona. Sus grandes senos temblaron, bajo la seda negra muy descotada—. Las fulanas que frecuentan eso, no son mejores que yo, querido.

—Es posible. Pero guardan mejor las apariencias. Ahora lárgate, ¿quieres?

—Está bien, Kelly, como digas —rió ella, sarcástica—. ¿No te llamas así?

—Sí. Se lo has oído decir a ese tipo, ¿no?

—No hacía falta, hijo. Te conozco. Te vi hace días en un sitio muy distinto a ése.

—¿A mí? —Damon arrugó el ceño, mirándola con sorpresa—. Lo dudo mucho.

—Pues no lo dudes. Era por la tarde. Estabas en la capilla de «Los Hijos de Galilea».

—¿Qué? —Damon la contempló, estupefacto—. Mientes. Allí no había nadie...

—Estaba yo. Te vi llegar y me fui. Tenía una charla con el reverendo Nathan Bradford.

—Cielos, no —boqueó Kelly, pasmado por la coincidencia—. No puede ser. Tú eres la... la mujer que el reverendo citó...

—Eso es. Su feligresa perdida. La oveja negra del redil —soltó otra carcajada irónica, y se acarició insinuante sus caderas—. Y nunca mejor dicha la frase. Seguro que el reverendo te habló de mis problemas y de sus esfuerzos por ayudarme con su fe y su religión...

—Sí, algo de eso me dijo. ¿Por eso conoces a Clint Normand, porque vive cerca de la capilla?

—Eso es. Y porque la frecuenta a veces, no sé si para pedir perdón por sus pecados —guiñó un ojo a Damon y siguió—. Como te decía, el reverendo gusta hablar mucho de mi caso, para mostrarse como un santo varón. Pero el muy granuja no dice toda la verdad jamás. Se calla lo más importante.

—¿No será que tú y él...? —insinuó Kelly, asqueado.

—No, no. Descuida, eso no es posible. El reverendo Bradford es demasiado puro para juntarse con una mujer de mi condición en ese sentido. Y por supuesto, sería aberrante que lo hubiera hecho conmigo. Mi querido amigo, mi nombre es Jo..., Jo Bradford, ¿entiendes? Soy *su hermana*. La hermanita de quien el reverendo Nathan Bradford nunca habla a nadie por vergüenza y horror...

CAPÍTULO VIII

—Sí, hermano Damon. Confieso avergonzado mi falta. Jamás nadie supo por mí esa amarga verdad que me acompaña como una cruz de terrible peso... Jo es... es mi hermana, ella no te mintió en absoluto.

Kelly contempló con cierto pesar al religioso, en la soledad de la capilla, ahora en plena noche. Se arrepintió de haberse dirigido allí sin perder tiempo, para saber por el propio sacerdote la verdad.

—No es asunto mío, reverendo —se disculpó—. Lamento de veras haber venido a hurgar en su herida, pero..., pero quería estar seguro. No por usted, sino por ella. Me dijo que conoció aquí a Clint McNormand. ¿Eso es cierto?

—No lo sé. Pudo serlo. El joven McNormand viene a veces a la capilla. Con más frecuencia desde que murió su hermana... Acaso se encontraron ambos aquí, sin yo verles..., y mi hermana ha arrojado un poco más de lodo sobre mi persona.

—Tampoco lo que ella haga es de mi incumbencia, reverendo —rechazó Kelly—. Es Clint quien me interesa y preocupa.

—¿Clint? No pensaré que tenga algo que ver en..., en lo que usted investiga —se horrorizó el religioso—. Eso sería un espantoso fratricidio...

—No sería la primera vez que un hermano mata a otro. Es tan viejo como el mundo, usted lo sabe bien. Desde Caín hasta nuestros días. Pero me resisto a creer que Clint...

—Yo también, la verdad. Es un muchacho débil, inseguro y algo inmoral. Pero de eso a ser un asesino fratricida... Creo que debe alejar semejante sospecha, hermano.

—Lo estoy intentando, pero no quiero pasar por alto ninguna posibilidad —suspiró Kelly, oprimiendo con afecto el brazo del religioso—. Bien, le dejo. No quiero molestarle más con mis cosas. Espero que sepa disculpar que le haya dañado con mi visita...

—No tiene importancia —sonrió tristemente el reverendo, acompañándole a la salida de la capilla—. Estoy habituado a los problemas que Jo me ha creado siempre con su comportamiento. Es una ninfómana irresponsable. Pero es mi hermana y debo perdonarla y tratar de ayudarla. Buenas noches, hermano Damon. Voy a cerrar la capilla. Es tarde.

Salió, estrechando la mano del religioso. Bradford cerró la puerta del templo. Kelly, pensativo, echó a andar calle arriba. Se detuvo al ver venir a alguien en dirección opuesta, camino del templo. Era una mujer. Su taconeo sonaba apagado en el asfalto.

Al verle a él, la mujer se paró en seco. Rápidamente, dio media vuelta y se metió por la esquina inmediata. El taconeo se alejó rápido.

Damon Kelly alargó sus zancadas hasta la esquina. Se asomó a la calle transversal. Ya no vio a nadie. La mujer había desaparecido. Había varios bares allí, abiertos en la noche. No trató de buscarla en ninguno de ellos.

Se alejó, pensativo, preocupado. Había podido identificar a aquella mujer, pese al esfuerzo de ella por evitarlo. Y creía imaginar adónde dirigía sus pasos cuando la presencia de Kelly la hizo rectificar el rumbo tan bruscamente.

—Era Yvonne... —musitó Kelly, hablando consigo mismo mientras caminaba—. ¿Qué hacía Yvonne McNormand, la madrastra de Gale, camino de la capilla a estas horas de la noche?

Era una pregunta sin posible respuesta por el momento.

El taxi le dejó ante el edificio donde ocupaba un apartamento de alquiler que nunca había dejado de conservar, ni siquiera durante sus casi dos años en Vietnam.

Damon Kelly caminó hacia la entrada resueltamente, tras una precavida ojeada a ambos lados. No quería confiarse en ningún sentido. No le sorprendió nada descubrir un coche oscuro, discreto, aparcado en la esquina cercana. Sonrió. Los sabuesos del teniente Pearson no cejaban fácilmente en su tarea. Pero su ineficacia era patética. Usaban el mismo coche que burlara aquella tarde, antes de ir a Brooklyn y ser, a su vez, perseguido y perseguidor de Clint McNormand. Sin duda los mismos polizones permanecían sentados allí, en la penumbra, rumiando su anterior fracaso.

—Evidentemente, al teniente Pearson le preocupaban sus

movimientos —rió Damon para sí, metiendo la llave en la cerradura de la puerta vidriera del edificio.

En ese momento se sobresaltó ligeramente. Unas rápidas pisadas a su espalda le pusieron alerta. Giró la cabeza, rápido, llevando la mano zurda adonde guardaba la automática, tras soltar la llave con celeridad.

Se contuvo a tiempo. Se distendió la crispación de su rostro. Claire llegó hasta él, ligeramente jadeante, y le sonrió.

—¡Claire! —se sorprendió Kelly, tomándola por un brazo—. ¿Qué haces aquí tú a estas horas?

—York me dio tus señas —murmuró ella, tomando aliento—. Quería verte. Necesitaba hacerlo, Damon. Cuanto antes mejor.

—Muy bien. —Kelly miró en derredor y la invitó a pasar, abriendo la puerta—. Entra. Pero me temo que tu reputación quede muy mal parada ante los agentes de Homicidios. Hay, cuando menos, un par de ellos que me vigilan de cerca y tienen montado su cerco particular a esta casa.

—No me importa ninguno de ellos, Damon —rechazó Claire subiendo las escaleras ante él, cuando Kelly cerró la puerta y le enseñó los peldaños, puesto que se alojaba en la primera planta del edificio—. Hace tiempo que dejé de preocuparme mi reputación personal.

Llegaron arriba. Kelly abrió su puerta, haciendo entrar en su apartamento a Claire. Dio las luces, escoltándola hasta el *living*, pequeño y acogedor. Puso música suave en un tocadiscos y fue hacia el mueble bar.

—¿Algo de beber? —invitó.

—Sí, por favor. Algo fresco y ligero —asintió ella—. Tengo sed. Te esperaba hace rato...

—Tuve algunas cosas que hacer —suspiró Kelly—. Ni siquiera he cenado aún. Tomaré algo del frigorífico. ¿Has cenado tú?

—No mucho, No tengo apetito, Damon. Cuando estoy nerviosa, pierdo las ganas de comer.

—¿Nerviosa? —Sirvió un poco de ginebra con un zumo de piña para ambos, y puso cubitos de hielo en la mezcla, pasándole un vaso a ella—. ¿Por qué, Claire? ¿Qué ocurre, exactamente, para que hayas venido a verme en plena noche a mi casa?

La mejor, acaso la única amistad del sexo femenino de Gale,

tomó un sorbo del combinado y suspiró, moviendo su rubia y atractiva cabeza de un lado a otro.

—Tengo miedo, Damon —confesó apagadamente.

—¿Miedo? —Él arrugó el ceño—. ¿A qué o a quién?

—No lo sé. Posiblemente a un asesino que anda suelto por las calles.

—¿El asesino de Gale? —La voz de Damon se hizo tensa.

—Es posible, sí. A veces lo he sentido cerca de mí. Es algo indefinible, una especie de presentimiento, de intuición extraña... Pero sé que he visto a ese asesino, que es alguien a quien conozco bien, que sus ojos se han fijado en mí con inquietud, preguntándose acaso si yo..., si yo sé algo que a él no le conviene.

Damon Kelly la estudió en silencio. Bebió un trago. Encendió un cigarrillo. Ella negó aceptar otro. La pregunta de Kelly fue breve y concisa.

—¿Y sabes algo, Claire?

—Sí —susurró ella—. Creo que sí, Damon, por eso estoy aquí...

—Vaya, eso es interesante, Claire, Muy interesante. ¿Vas a decirme lo que crees saber, querida?

—Desde luego. Creo que cuanto antes lo haga, mejor.

—Adelante. Te escucho —la invitó él, dominando lo mejor posible su impaciencia y su profunda curiosidad—. Serénate y cuéntame lo que sea.

Claire Corey respiró hondo. Puso su vaso sobre la mesita de centro. Se estremeció levemente, al fijar sus ojos en una fotografía, cariñosamente dedicada, que Gale había entregado a su prometido, y que ahora colgaba en un muro, en un marco dorado.

—Pobre Gale... —gimió—. Ella también tenía miedo...

—¿Ella? ¿Miedo? —repitió Damon, irguiéndose perplejo—. ¿Por qué lo sabes?

—Toma, Damon. Creo que debes conocer esto de una vez por todas... —susurró Claire, sacando algo de su bolso. Y se lo tendió a él, con mano levemente temblorosa.

Damon enarcó las cejas. Tomó el papel doblado y lo extendió en silencio. Sólo el crujido de éste al desdoblarse sonó en el *living*, mezclándose con la música de violines, procedente del tocadiscos.

Kelly pudo leer, asombrado, aquel breve mensaje, escrito con letra que él conocía muy bien:

«Querida Claire:

»Te ruego hagas algo por mí. Estoy asustada. Muy asustada. Creo que sé algo horrible de alguien. Ni siquiera me atrevo a mencionarlo. Necesito comprobarlo antes de estar segura y hacer algo en consecuencia. Tú eres una buena amiga de Morgan. Ya sabes a quién me refiero, a Morgan Wayne. Quiero que hagas algo cuando vayas a visitarle a su despacho de agencia artística. El padre de Morgan dejó un nutrido archivo de sus actividades. Sin que Morgan se entere, busca allí todo lo relacionado con un espectáculo llamado *Star Show*. Pero hazlo sin que Morgan sepa nada. Aléjale unos minutos de allí con cualquier pretexto y hazme ese favor. Te quedará muy reconocida si me proporcionas esos datos de archivo. No preguntes nada. Es muy confidencial, querida. Gracias de antemano. Tú amiga de verdad:

»Gale».

Damon no dijo nada. Miró la fecha del escrito: era la misma del día en que ella fuera asesinada. Alzó la cabeza. Miró a Claire. Ésta afirmó, asustada.

—Sí, Damon —musitó—. Yo recibí esta carta cuando ella ya estaba muerta... No tuve valor para hablar de ello a nadie, Ni a la policía, ni a ti, ni a Morgan, por supuesto.

—Y has callado durante todos estos días...

—No sabía qué hacer. Me preguntaba si no era mejor intentar hacer lo que ella me pidió entonces... Pero no me atreví. Y opté al final por venir a verte y pedirte consejo, Damon.

—Tal vez hiciste bien, no lo sé... De modo que no sabes nada sobre ese dato de archivo ni acerca del espectáculo *Star Show*...

—No, nada. ¿Crees que será prudente intentarlo después del asesinato?

—Tal vez más necesario que nunca, querida. Esta carta... es como si Gale hubiera temido por un momento no poder seguir adelante..., como si presintiera su muerte.

—Es cierto —tembló ostensiblemente la muchacha—. Lo he pensado así, Damon, y... Se interrumpió con un respingo de

sobresalto. Damon Kelly también se puso rígido. El teléfono acababa de sonar. Estridente, brusco. Rompiendo la tensión existente.

—¿Quién será ahora? —Damon avanzó hacia el teléfono y lo alzó—. ¿Dígame?

—¿Damon? —Sonó una voz femenina—. ¿Eres tú, Kelly?

—Sí —arrugó el ceño. La voz le era conocida, pero no supo identificarla—. ¿Quién me llama?

—Soy yo, Helen —susurró la voz al otro extremo del hilo—. Helen McNormand...

—¡Helen! —La sorpresa de Kelly fue mayúscula. Y a juzgar por su gesto, también la de Claire al oír su nombre—. ¿Tú llamándome? Qué extraño... ¿Qué quieres de mí?

—Perdona, Damon. Sé que no te soy simpática...

—Más bien di que yo no te lo fui nunca a ti..., ni a tu primito Clint.

—De eso quiero hablarte. Sé por Clint lo sucedido anoche. Te dijo la verdad: él sospechaba de ti, y casi me hizo sospechar a mí también. Pero sé que no pudiste hacer daño alguno a Gale. Ahora comprendo bien la clase de persona que eres. Estás dispuesto a vengar a mi prima, ¿no es cierto?

—Si puedo, dalo por seguro. Sea quien sea el asesino, Helen.

—Pues bien. Yo puedo ayudarte —musitó ella—. Creo saber quién la mató.

—¿Cómo? —Se le erizaron los cabellos a Kelly en la nuca—. ¿No bromeas?

—Es algo demasiado serio para bromear, y tú lo sabes —la voz de Helen era ronca, grave, llena de preocupaciones—. Creo que todos hemos tenido un poco de culpa de lo que sucede, Damon. Somos una familia sucia y maldita, no hay duda. Gale era la mejor de todos. Y ahora está muerta... —Sus palabras se quebraron en un sollozo ahogado.

—Pronto, Helen. Dime quién fue. El nombre —la apremió Kelly, crispado.

—No, no. Por teléfono no. Sería demasiado temerario. No puedo estar segura de nada, ¿comprendes? Necesito comentarlo contigo, darte detalles, explicarte cosas... Tal vez tú puedas llegar así a alguna conclusión definitiva...

—Es preciso que eso lo hagas cuanto antes, Helen —la apremió él—. ¿Cuándo nos vemos?

—Cuando quieras tú. ¿Ahora mismo?

—Sí, sí, si quieres... —vaciló—. Será lo mejor. Dentro de..., de una hora. En un sitio concurrido pero discreto... Pongamos..., pongamos un cine. Hay uno tres manzanas más abajo de mi casa. Tienes que conocerlo. Dan programas de sesión continua hasta la madrugada. No son películas muy edificantes, pero...

—Lo conozco —afirmó secamente—. ¿En la puerta, Helen? ¿Quedamos ahí a una hora?

—No, no —rechazó ella—. Dentro, en la sala. A oscuras mejor. En la última fila. Llevaré un vestido que es algo fluorescente en la penumbra, de color verde. Así me distinguirás fácilmente en la oscuridad. Dejaré una butaca libre a mi lado, y daré una propina al acomodador.

—De acuerdo. En una hora. No me demoraré —colgó Kelly, quedándose abstraído, la mirada fija en el vacío. Claire se acercó a él. Le miró—. Los acontecimientos se precipitan, Claire. Ya lo has oído. Helen cree conocer al criminal...

—Dios mío... —Se estremeció la joven—. ¿Qué está sucediendo, Damon?

—No lo sé. Algo sucio y corrompido se mueve en esa familia... Esta misma tarde creí averiguar algo más sobre los McNormand: Yvonne iba a la capilla del reverendo Bradford demasiado tarde, cuando ya estaba cerrada. Y eludió encontrarse conmigo, se alejó y buscó escondrijo para que no la viese.

—¿Crees que ella y el sacerdote Bradford pueden...?

—Es muy posible. Ese Bradford es un hombre joven aún, vital, arrogante... Incluso me pregunto si no la habrá influido a la señora McNormand para ciertas inversiones que los hayan conducido a la ruina. David heredó una fortuna de su primera esposa. Y la ha perdido con la segunda... Pero dejemos esos trapos sucios ahora. Lo importante es lo de Helen. Mientras su primo Clint se relaciona con ramerías de la peor clase, ella parece saber algo..., algo comprometedor para alguien. Debo verla enseguida.

—¿Y yo, Damon? ¿Qué hago entre tanto?

—Te llevaría conmigo, pero si Helen te ve, puede volverse atrás. Es mejor que vaya solo a ese cine, donde ella me espera. ¿Por qué

no llamas a Morgan Wayne y le pides el favor de ir juntos a su oficina a revisar ese archivo?

—¿Crees que será prudente? Gale pedía que él no lo supiera —recordó Claire, inquieta.

—Es cierto. Morgan podría ser el asesino que Gale temía —musitó Kelly, ceñudo—. Cualquiera puede serlo, dadas las circunstancias. Dale un pretexto cualquiera. Dile que quieres que te ayude a encontrar alguna cosa relativa al mundo del espectáculo, y que es urgente, sin mencionar concretamente ese espectáculo llamado *Stars Show*. Y le añades que el teniente Pearson y yo iremos a reunimos con vosotros en la oficina. Eso le disuadiría de cualquier intento amenazador contra ti, caso de ser culpable de algo. Si tienes un momento oportuno, busca los datos concretos de ese asunto, pero sólo si no hay posibilidad de que Morgan lo descubra, ¿está claro?

—Sí, sí —asintió ella, algo vacilante.

—De todos modos, para reforzar tu explicación, llamaré a la oficina en un momento dado, desde el mismo cine, para avisar de que el teniente y yo vamos hacia allá. Eso garantizará tu seguridad personal, Claire. No quisiera que corrieses el menor riesgo, créeme. Anotaré su teléfono para tal efecto.

Y al decirlo, puso afectuosamente sus dedos sobre la mejilla de la muchacha, acariciándola con suavidad. No pareció notar que ella enrojecía vivamente y se echaba hacia atrás, con un estremecimiento sutil agitando su bonito cuerpo joven.

Damon, como ajeno a todo ello, buscó rápido en la guía telefónica, halló el nombre de Agencia Artística Wayne, y anotó con rapidez el número de teléfono en su agenda. Pese a usar siempre su única mano, la zurda, lo hizo todo con una celeridad que pareció maravillar a Claire. Los claros ojos de ésta tenían una profundidad y ternura indefinibles al fijar se en él obstinadamente, sin que él lo advirtiera en absoluto.

Salieron juntos de la casa. Claire tomó su coche hacia su destino. Damon un taxi. El coche policial pareció vacilar entre seguir a uno u otro. Al final se decidió por Kelly. Éste suspiró, inclinándose hacia el taxista.

—Por favor, tenemos que librarnos de alguien que nos sigue —explicó, recurriendo como siempre a los billetes de veinte dólares—.

Y no va a ser fácil, amigo...

—Bah —dijo el taxista, embolsándose la propina—. No me conoce usted bien en esos menesteres, señor...

Y era cierto. En menos de diez minutos le había librado de todo seguimiento como un verdadero especialista en la materia, sin necesidad de grandes alardes.

—Sé que le esperan, señor —dijo el acomodador recogiendo el inevitable billete de manos de Damon junto con su localidad—. Sígame, por favor. La señorita aguarda.

No debían ser raras esas citas en aquel cinematógrafo. Aunque confortable y pulcro, era un local de mala nota. Proyectaban una aberrante película de sexo y violencia que llenaba la pantalla de senos, sangre y rostros viciosos. La gente era escasa, pero parecía pasarlo bien presenciando aquel engendro. La última fila tenía, como toda la sala, tres tramos separados por dos pasillos perpendiculares a la pantalla panorámica. Los gemidos y susurros de los protagonistas eran el único sonido audible en la sala. Si alguien más gemía en las butacas de platea, no se notaba con ello.

—Ahí es —la linterna del acomodador se centró en una dama de vestido verde claro, que hacía tornasol levemente fluorescente en la sombra—. Feliz noche, señor.

La cosa tenía su ironía, pensó Kelly sin inmutarse. Avanzó por entre otros espectadores hasta acomodarse junto a Helen. La reconoció en el acto, pese a la escasa claridad que la sala poseía en ese momento, con la proyección de una escena de cama en penumbras.

—Hola —saludó en voz baja a Helen McNormand—. Puntual como ves, ¿no, Helen?

Ella no respondió ni se movió. Evidentemente prefería disimular. Damon miró hacia ambos lados y adelante, puesto que atrás no había más filas. No advirtió nada sospechoso. La gente parecía concentrar su atención tan sólo en lo que sucedía en la pantalla, pero nunca se podía estar seguro de nada.

—Helen, habla —la invitó Damon apagadamente—. Te escucho.

Fingía mirar la pantalla mientras esperaba las palabras de la muchacha. La prima de Gale no habló tampoco ahora. La miró, perplejo. Parecía tan fascinada por aquella repelente escena filmada, que no pestañeaba ni movía un solo músculo de su rostro.

—Vamos, vamos —la apremió—. No me digas que te gusta algo tan soez...

Siguió sin hacerle caso. Irritado, le puso la mano en el hombro y la agitó levemente. Eso bastó. Helen McNormand cayó de lado, sobre sus piernas. De bruces, apoyando el rostro en sus muslos, en una postura hartó impúdica en apariencia, que hizo mirar con sorna, de soslayo, a dos parejas ensimismadas en sus propios escarceos amorosos.

Kelly se quedó helado, sin aliento. Sus dedos se retiraron de la espalda de Helen, mojados de algo oscuro y viscoso. El mango de una navaja automática asomaba de entre sus omoplatos. Tenía los ojos vidriosos y un reguero de sangre corriendo por la comisura de sus labios cuando la movió levemente dominando su horror.

Alguien había acuchillado mortalmente a Helen en aquella fila última del cine. Sólo se había citado con un cadáver. La segunda víctima del asesino de la navaja...

CAPÍTULO IX

Aún temblaba su mano violentamente cuando descolgó el teléfono y marcó el número en la cabina cercana al cinematógrafo. Primero llamaba a la oficina de Morgan Wayne.

El rubio agente artístico se puso al aparato.

—¿Sí? —demandó—. ¿Quién llama ahora?

—Morgan, soy yo. Damon Kelly —le informó.

—Oh, sí, Damon. Sé que vendrás con ese teniente de Homicidios. Claire está aquí conmigo. Parece muy interesada en algo del archivo de mi padre, pero que me ahorquen si le veo relación a la muerte de Gale con las fichas de los artistas de televisión de hace diez años.

Damon hubiera sonreído de no tener la mente confusa, el alma acongojada y el horror de aquel encuentro con la muerte dominando todavía sus sentimientos. Se limitó a responder, algo ambiguo:

—Ella sabe lo que busca, Morgan. Deja que indague sobre eso. Te contaré algo más cuando el teniente y yo lleguemos ahí. Hasta pronto —y colgó, apresurándose a hacer su segunda Mamada, esta vez a la policía.

Informó de la existencia de un cadáver de mujer, víctima de un asesinato a sangre fría, en la sala cinematográfica. Luego se alejó de la cabina. Cuando tomaba un taxi para alejarse del escenario del horrible crimen, la sirena de un coche patrulla sonaba ya cada vez más próxima. La gente del cine, pensó Kelly, iba a ver terminada la proyección de tan «artística» película de un modo muy distinto al previsto.

Cuando llegó al edificio donde Morgan Wayne tenía sus oficinas de agente artístico, el propio Wayne y Claire salían del mismo con aire tranquilo. Pero Damon notó que el rostro de ella estaba ligeramente pálido, y brillaban con excitación sus ojos.

—Oh, Damon, ya nos habíamos cansado de esperar —bostezó Wayne jovialmente al verle llegar. Buscó con la mirada en torno—. ¿Y el teniente? ¿Dónde está?

—Tiene trabajo ahora —explicó fríamente Damon—. Tuvo que demorarse en venir.

Han asesinado a Helen McNormand en un cine.

—¿Qué? —clamó con vivo horror Claire, mirándole incrédula, mientras Wayne abría sus ojos enormemente, con absoluta incredulidad—. ¡No, Damon, no puede ser...!

—Ocurrió —dijo gravemente Kelly—. Alguien sabía que ella conocía demasiado sobre ciertas cuestiones. Debió espiar su llamada a quien ella citó en ese cine. Y se adelantó asesinandola.

Cuando Wayne se hubo ausentado, todavía emocionado por la tremenda noticia, Claire se aferró al brazo de Damon, realmente angustiada.

—Dios mío, Damon, ¿qué ocurre? —gimió—. Esto es espantoso...

—Lo sé, Claire, lo sé. Helen estaba muerta ya, rígida en su butaca. Cayó sobre mí al tocarla. Otra navaja automática, esta vez en su espalda. Es él, maldito sea. El mismo bastardo asesino de siempre. Y presiento que estoy cerca, muy cerca de él... —Los ojos le brillaban, glaciales, excitados. De repente pareció olvidar su propia ira y miró más calmado a la muchacha—. Pero dime cómo fue lo tuyo, Claire.

—Morgan no receló nada. Le engañé con unas fichas de gente de la TV. Encontré, mientras iba a preparar café, la ficha que quería Gale... —Abrió su bolso. Sacó un dossier doblado apresuradamente y se lo tendió a Damon—. No logro entender qué puede significar eso, la verdad.

Damon Kelly no dijo nada. Se aproximó a una farola y alisó el dossier y su contenido para hojear los folios allí agrupados con una labial metálica. Enarcó las cejas y lanzó una sorda imprecación.

—Cielos... El espectáculo *Stars Show* era un programa de travestís de hace quince años que hizo furor en la Costa del Pacífico. Su director y primera figura era un tal Jonathan Brady, un genio de la caracterización.

—Damon, ¿tiene eso algún sentido? —musitó Claire, desorientada.

—Sí, querida —afirmó Kelly con repentina crispación en su voz brillándole los ojos como ascuas—. Creo que sí... y mucho.

Yvonne McNormand sollozaba ahogadamente, volcada sobre el sofá. No lejos de ella, David, su marido, era una especie de piltrafa humana, un espectro agitado por el dolor y la desesperación en sus formas más patéticas y a la vez silenciosamente expresado, sin una queja, un lamento, una sola voz.

Clint estrujaba sus manos crispadas con la faz como el mármol. Claire trataba de consolarle tiernamente. El teniente Pearson, ceñudo, paseaba arriba y abajo. Era plena madrugada en la mansión de los McNormand. Al policía de Homicidios debían aquella reunión de emergencia convocada en el *living* de la casa señorial familiar.

—Todo esto es muy penoso, señores —dijo el oficial de policía carraspeando al detenerse en medio de la habitación—. Pero absolutamente necesario. Apenas supe por mis hombres que la señorita McNormand era la mujer asesinada en un cinematógrafo esta misma noche, les hice reunir a todos urgentemente aquí mismo. Por el acomodador del cine he podido colegir claramente quién fue la persona que se reunió con ella en la platea tal y como parecía convenido.

—¿Quién fue, teniente? —sollozó Clint—. ¿Quién asesinó a mi prima?

—Cálmese —le pidió Pearson—. Dudo que ese hombre fuera su asesino. Su descripción me dice claramente quién pudo ser, pero no que fuese el autor de la cuchillada mortal.

Significativamente, sus ojos se fijaron un instante en Kelly. Éste se mantuvo inexpresivo, como si no fuera con él. Pero notó la muda acusación del oficial de policía.

—¿Qué fue lo que sucedió, entonces? —quiso saber David McNormand con voz rota.

—Que alguien se anticipó a la persona con quien la señorita McNormand se había citado y la apuñaló. Es obvio que ella sabía algo decisivo, y el asesino no quiso correr riesgos. Quisiera saber desde dónde pudo convenir esa cita su hija para así tener una cierta idea de la persona que interceptó la misma y se adelantó.

—No creo que eso le aclare nada, teniente —sollozó Yvonne amargamente, alzando la cabeza—. Estuvo aquí toda la noche hasta

marcharse sin duda a ese cine. La vi por la casa todo el tiempo hasta eso de las doce.

—Entre doce y una fue muerta ella —señaló el policía—. Según el acomodador era alrededor de la una o la una y cuarto cuando entró la persona que debía entrevistarse con ella en el cine. Supongo que cuando se reunió con la joven, ésta ya estaba muerta, por eso él se ausentó con rapidez del local, como así me consta —y de nuevo sus ojos fueron directos a Damon Kelly, con una carga clara de reproches mudos.

Éste, por su parte, se dirigió entonces a Yvonne como si no advirtiera la mirada del policía. Le preguntó suavemente:

—¿Había alguien aquí, aparte de ustedes, señora McNormand?

—No, no —negó ella con rapidez, pero no sin antes sufrir una brevísima vacilación—. David se había ido a dormir algo cansado, yo estaba revisando las cuentas y todo eso... y Clint no había regresado aún a casa. Sólo estábamos Helen y yo, Damon.

—¿Seguro? —insistió Damon, con los ojos fríamente clavados en la dama.

—Seguro, claro —dijo ella ahora con cierto nerviosismo, mordiendo el pañuelo y desviando de él sus pupilas—. Y el servicio, claro. Pero nadie más, Damon.

Kelly alzó la cabeza. Miró al teniente Pearson.

—Quiero hablar con usted, teniente —dijo con tono seco.

—Ya era hora —suspiró el policía—. Vamos fuera, Kelly.

Salieron, en medio de la curiosidad general. Kelly le relató, en el vestíbulo, todo cuanto había sucedido esa noche. No mencionó la visita de Claire al agente artístico ni lo que allí encontró. Pearson se mostró duro con él.

—¿Por qué no me informó de todo eso antes? Informar a la policía anónimamente de la presencia de un cadáver en un cine, no es suficiente. No se pueden ocultar pruebas a la policía. Es un delito. Le advertí que...

—Teniente Pearson, usted sabe que yo no haría daño a Helen ni a nadie. Estoy seguro de que sabía algo que al asesino no le interesaba que se averiguase. Y por eso la mató.

—¿Y cómo pudo saber que Helen tenía que reunirse con usted esa noche? ¿Acaso la vigilaba tan de cerca?

—Estoy seguro de que la señora McNormand miente. Había

alguien más aquí esta noche. Y ese alguien interceptó desde algún supletorio la llamada que Helen me hizo.

—¿Por qué iba a mentir así la señora McNormand? Era su sobrina, mataron a su hijastra. ¿Cree que ella tiene algo que ver en ese horrible asunto?

—Creo que encubre a alguien, teniente, eso es todo. Averigüe eso y tendrá la clave.

¿Puedo retirarme yo a dormir ahora? Es muy tarde y estoy candado...

—Está bien, váyase. Pero mañana le quiero en el Departamento antes de las once.

Tenemos que aclarar unas cuantas cosas usted y yo, Kelly. No falte, se lo aconsejo.

—Descuide —sonrió Kelly vaga, extrañamente—. Seguro que me tiene allí mucho antes, teniente Pearson...

Y se encaminó a la salida, tras esas enigmáticas palabras con movimientos pausados, la mirada perdida en el vacío.

CAPÍTULO X

La capilla, naturalmente, estaba aún cerrada a estas horas. Eran las cinco de la mañana, y la ciudad aparecía desolada y casi silenciosa. El asfalto brillaba, negro, por el agua de riego recién dispersada por calzadas y aceras. De vez en cuando, un bus o un coche, pasaba raudo hacia alguna parte. Camiones de carga se encaminaban a los mercados. Trepidaba el suelo al paso del subterráneo o el «elevado» hacía temblar sus soportes metálicos.

Eran los ruidos de siempre en la noche de la gran ciudad. Las luces de farolas y anuncios luminosos tenían un tono lívido y frío a esas horas. La capilla de Los Hijos de Galilea aparecía en sombras, herméticamente cerrada. Todo dormía en derredor.

Damon Kelly rodeó el edificio, probando la puertecilla posterior dedicada a la vivienda del reverendo Bradford, anexa a la capilla en sí. Estaba también herméticamente ajustada. Había un timbre adosado a un lateral, pero Damon no lo pulsó.

Se fue a la acera opuesta y encendió un cigarrillo permaneciendo apoyado en un oscuro umbral de una puerta. Fumó calmoso, impasible, la mirada fija en el sencillo edificio religioso. Un luminoso cercano hacía brillar de forma intermitente el crucifijo metálico de su cúpula, con el reflejo rojizo de sus letras de neón.

Alguien se aproximó a la capilla. Sucedió a los doce o catorce minutos de permanecer Damon allí. Eran pisadas de mujer. Un taconeo. Se detuvo ante la puerta de servicio de la capilla. La silueta de una mujer con un sobretodo oscuro, permaneció allí erguida unos segundos. Un llavín giró en la cerradura. La figura entró.

Rápido, Damon Kelly cruzó la calle de dos zancadas y penetró junto con el visitante en el interior del edificio. Hubo una sorda imprecación de sorpresa. Un rostro satinado, muy maquillado bajo los cabellos dorados, se volvió hacia él. Unos verdes ojos femeninos

le miraron con sorpresa y sobresalto.

—¡Cielos, usted! —exclamó con voz aguda. Luego sonrió, relajándose, mientras Damon cerraba la puerta tras de sí, ya con ambos dentro de un pequeño vestíbulo tenuemente alumbrado—. Me asustó. ¿De modo que ha descubierto mi pequeño secreto? El reverendo es mi hermano. Me permite alojarme aquí por las noches. Es muy riguroso, pero tiene buen corazón.

—Sí, seguro —afirmó Damon con frialdad—. Señorita Jo Bradford, estaba esperándola.

—¿A mí? —Pestañeó ella con coquetería, alzó una mano y puso un dedo manicurado de Sarga uña color fresa, sobre los labios de Damon—. ¿De modo que ya sabías lo de mi alojamiento aquí, querido? Pues te aseguro que pierdes el tiempo. No me importa que me hagas el amor, pero si Nat han supiera que yo lo hago bajo su techo, me fulminaría. No, no, tendrá que ser otro día, cariño, cuando tú quieras y donde quieras.

Le sonrió con un guiño de coquetería y luego puso el dedo sobre sus propios labios iniciando silencio.

—El duerme. Tiene el sueño pesado —susurró—. Seguro que ni te ha oído llamar.

—No he llamado —negó Damon—. Sabía que era inútil.

—Vaya, se ve que conoces a mi hermanito mejor de lo que imaginaba —suspiró ella, risueña—. Bien, ¿qué te parece si te vas ahora? O podemos ir a tomar una copa, como prefieras. Pero por ahí, claro está. No quiero perderme el derecho de asilo del hermanito Nathan, compréndelo. Y si la gente supiera que aloja aquí a una mujer de mi condición, seguro que perdería muchos feligreses.

—Sí, seguro. Y con ello mucho dinero —meditó Damon.

—¿Dinero? Oh, eso no le preocupa a él. Mi hermano es muy altruista...

—Sí, mucho. Por eso arruinó a Yvonne McNormand, aconsejándola ruinosas inversiones, a la vez que él se enriquecía con ellas a espaldas de esa dama.

—Pero ¿qué dices? —se asombró Jo Bradford—. El nunca haría algo así. Es un santo varón.

—No le bastó con eso, preciosa. Arruinó a los McNormand, se enriqueció él y sedujo a la señora McNormand y a su sobrina Helen

también.

—Cielos, debes haberte vuelto loco para decir cosas así —jadeó ella, mirándole con ojos dilatados por el estupor—. Espero que el Señor te perdone.

—Será el Señor quien tenga que perdonar a tu hermano Nathan, porque yo nunca lo haré. No puedo perdonar al asesino de Gale y de Helen McNormand.

—¿El reverendo Nathan Bradford un asesino? Me asustas, amigo. Será mejor que te vayas, porque debes estar loco y no sabes lo que dices. Anda, vete, o tendré que informarle a él y posiblemente llame a la policía.

—No, querida —sonrió Damon sarcástico—. Tu hermanito no llamará a la policía nunca. El reverendo Nathan Bradford nunca haría eso. ¿O prefieres que le llame por su propio nombre de Jonathan Brady? JONATHAN, ¿te das cuenta? Y Brady, no Bradford... Jonathan Brady, el travesti, el transformista, capaz de representar igual el papel de hombre que el de mujer... porque Jonathan Brady siempre fue bisexual, un pervertido extraño y peligroso, un psicópata marcado también sexualmente. Y muy audaz. Por eso su duplicidad de papeles respondían a su propio nombre: Jo, la mujer. Nathan, el hombre... En suma, ¡TU MISMO SIEMPRE!

Y brutalmente, la mano zurda de Kelly arrancó de cuajo la peluca rubia de Jo, sus pestañas y hasta logró que saltara una de las lentillas de color verde que disfrazaban sus ojos. Luego, mientras su interlocutora retrocedía asombrada, confusa, lanzando una imprecación violenta, sorda, en voz varonil, su mano desgarró la blusa de la supuesta mujer bajo su sobretodo desabrochado. Unos potentes senos de mujer emergieron, vibrando desnudos ante Damon.

—Siliconas y trucos, reverendo —silabeó Damon con expresión helada—. Lo que utilizan esos travestís que hacen de su arte un procedimiento de prostitución. Bajo sus severas ropas de religioso, las formas de una falsa mujer, a base de artificios, hormonas inyectadas y todo eso. Mujer y hombre a la vez. Homosexual y bisexual en una pieza. Un pervertido cuyo peor vicio no es ése, sino ambicionar mucho dinero, y matar por él si es necesario. Cuando Gale descubrió eso, cuando supo que el reverendo, autor de la ruina

económica familiar, era una falsa mujer en sus noches de corrupción, firmó su sentencia de muerte. Con un pretexto la llevó desde la capilla a Brooklyn, por eso nunca llegó a visitar a Coleman Bishop. Y allí la mató brutalmente como mató a Helen, como quiso matarme a mí.

Aquel espantajo extraño y horrible que era ahora la mezcla de Jo y de Nathan Bradford, ni hombre ni mujer, sino un híbrido monstruoso, tal como aparecía en estos momentos, no había permanecido quieto entretanto. De sus ropas extrajo una navaja automática que emitió un chasquido escalofriante. La aguda hoja, de centelleantes filos de acero, apuntó hacia Damon Kelly en una mano firme, segura, de la que la violencia de la situación había arrancado dos o tres falsas uñas de plástico color fresa.

—Te mataré ahora, cerdo... —Silabeó con la bronca voz de origen la del reverendo Bradford, pero carente de dulzura y de suavidad alguna—. Te mataré como hice con tu prometida, aquella estúpida entrometida que iba a denunciarme hundiendo mi negocio... y mi vida privada... Como hice con Helen cuando supe que iba a contarte todo... incluso sus relaciones conmigo en mi papel de Nathan Bradford. Esa familia son unos cerdos todos. Mucho más viles que yo, Kelly... Clint, el muchacho, *sabía* que Jo era un travestí, pero no dudaba en hacer el amor con «ella»... aunque jamás supo que Jo y Nathan fuesen una misma persona. Y Helen era una degenerada, una viciosa, que gozaba creyendo ser la poseedora carnal de un religioso. Esa clase de gente no merece nada, nada salvo ser esquilmada y destruida.

—No eres tú el encargado de moralizar, Brady —le replicó Damon ásperamente, mirándole colérico, a la vez que vigilaba la mano armada del temible acero—. Eres como todos ellos. Pero Gale era buena, era noble y limpia... y la mataste. Mataste a la mejor de las personas, maldito canalla... y juré matarte como se mata a todo enemigo que no merece piedad.

—Inténtalo —rió sardónico el travestí—. ¡Vamos, inténtalo, bastardo! Y le lanzó un tajo terrorífico hacia el cuello.

Kelly se salvó gracias a su entrenamiento en Vietnam. Saltó atrás con una elasticidad pasmosa y su mano zurda extrajo del bolsillo de la chaqueta la pistola automática que recuperase en el muelle de Brooklyn.

Bradford-Brady, sorprendido por la forma en que su enemigo eludía el ataque y ante la aparición del arma, vaciló un instante, pero luego se lanzó con mayor exasperación al ataque. Antes de que Damon pusiera su arma en horizontal, le lanzó otro tajo fulminante, y esta vez, pese a que amagó perfectamente Kelly, le dio alcance en el cuello. Notó el chirrido del corte del acero y su piel goteó sangre. Por fortuna notó que no le había alcanzado ninguna arteria vital, aunque de poco estuvo que así fuera.

Después, brutalmente, Bradford le arrojó la navaja con tino y potencia. El acero se hubiese hincado en su corazón de no ocurrir en ese momento algo que parecía milagroso: el brazo derecho de Kelly, el inútil, se movió lo suficiente.

Fue cómo una convulsión instintiva. El miembro paralizado actuó, impulsado por algún espasmo nervioso incontrolable y cubrió la zona a herir. El arma se clavó con un chasquido estremecedor en el antebrazo inválido de Damon, hasta casi la cruz.

Damon Kelly lanzó un terrible rugido de dolor y de ira. Vio el gesto triunfal de su feroz adversario, grotesca y patética mezcla de hembra y de varón en estos momentos, con el rimmel y el maquillado descomponiéndose con el sudor y la violencia, un ojo de un color y otro de otro, los senos de mujer, producto de hormonas y siliconas bailoteando obscenos en un torso de hombre, el cabello corto y oscuro del hombre, visible bajo la cabellera falsa, tirada en tierra.

Y en la mano del travestí apareció una segunda navaja, extraída de entre sus ropas.

Evidentemente, el asesino iba siempre bien provisto de armamento.

Damon pudo disparar entonces. Dos veces tronó su arma en el pequeño vestíbulo de la capilla. Dos proyectiles alcanzaron a bocajarro al criminal lanzándole atrás con un alarido de violento dolor y de rabia suprema. De su mano crispada escapó la navaja. Kelly disparó por tercera vez, aun así.

—¡Quieto, Kelly, quieto de una maldita vez! —rugió una voz a su espalda—. ¡No dispare más...!

Se detuvo, como sonámbulo, sangrando copiosamente por cuello y brazo. Se tambaleó, lívido, mirando con estupor al teniente Pearson que penetraba revólver en mano, seguido de dos de sus

hombres, igualmente armados, por la abierta puerta de servicio, en cuya cerradura colgaban unas ganzúas.

Bradford yacía ya en las baldosas, convulsionándose en la agonía, bañado en sangre su estómago y pecho. Pearson le examinó volviéndose a sus hombres.

—Llamen a una ambulancia. No durará mucho —dijo roncamente. Se incorporó. Miró a Kelly y examinó sus heridas. Meneó la cabeza.

—Está usted loco, amigo —dijo con acritud, pero con cierta suavidad en el tono—. Debió decírmelo, no venir usted solo a arreglar las cosas personalmente. Pudo haberle matado como a ellas dos.

—¿Cómo diablos lo supo usted, teniente? —Gruñó Damon apoyándose, sudoroso y débil, en la pared.

—Confesó Clint McNormand. Tenía relaciones con Jo Bradford, pero ella era un travestí, no un hombre. Entonces pensé. ¿O cree que es usted sólo quien sabe usar el cerebro? Expuse una tontería y su amiga, la señorita Corey, me la confirmó muy asustada al mencionar cierto dato de archivo teatral sobre el *Stars Show* y Jonathan Brady. Vine corriendo hacia acá, pero veo que llegué demasiado tarde. Se salió usted con la suya, Kelly. Ese asesino no irá a la cárcel, seguro. Le ha matado... y eso es homicidio.

—Con legítima defensa, teniente —sonrió sordamente Damon—. Mire mis heridas...

—Maldita sea, no podré empapelarle por esto, ya lo sé —rezongó el teniente—. Pero va a volver al hospital le guste o no. Luego, ya veremos. Eh, ¿qué le pasó a su brazo inútil? Parece que acaba de moverlo un poco... y esa postura no era la que tenía.

—Milagros que se producen a veces, teniente —rió Kelly—. Se mueve, después de todo. Señal de que hay recuperación. Tal vez todo esto sirva sólo para devolverme un brazo inútil. Pero habré pagado un precio muy caro por ese brazo...

—Lo sé —meneó la cabeza, mirando hacia fuera—. De todos modos, la vida sigue, Kelly. Y siempre hay alguien que puede ayudarle a uno a olvidar, a cicatrizar heridas.

Damon Kelly no entendió bien eso. De pronto un grito de mujer sonó cerca y unos brazos le rodearon. Notó lágrimas que mojaban sus mejillas, y unos labios femeninos, tiernos y cálidos, recorrieron

su rostro, sus manos, incluso su sangre caliente en las heridas.

Claire Corey estaba allí, pálida y aterrada, abrazándose a él, patética.

—Oh, Damon, Damon —sollozó—. Mi querido Damon, menos mal que estás vivo.

Menos mal que no te he perdido también a ti.

Y siguió llorando, besándole, abrazándole. Kelly, cada vez más débil, miró con asombro al policía. Se oían sirenas aullando allá fuera.

—¿Lo ve, Kelly? —sonrió el teniente Pearson—. Es usted un hombre de suerte, en medio de todo. Tal vez aún no pueda entenderlo, pero... pero existe futuro para usted. Un hermoso futuro donde intentar olvidar lo peor, donde restañar viejas heridas poco a poco, ayudado por alguien... y olvidarse de una maldita vez del sabor de la violencia, de toda esta violencia que nos destruye implacablemente a todos.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

NOTAS

[1] Aproximadamente, algo de más de veinte centímetros. (N. del A.). < <